ASOCIACIÓN ARAGONESA DE ESCRITORES

Dossier 1 **REVISTA IMAN**

URUGUAY S.XXI

Fabián Severo · Martín Lasalt · Andrés Caro · Mercedes Rosende · Claudia Magliano

Carolina Bello · Leonardo de León · Martín Avdolov · Martín Bentancor · Henry Trujillo

Paula Simonetti · Ramiro Sanchiz · Mercedes Estramil · Mario Delgado Aparaín

DOSSIER 1

URUGUAY S.XXI

Editorial
5

NARRATIVA

Henry Trujillo
Gato que aparece en la noche
7

Ramiro Sanchiz
Los sueños de la carne
12

Mercedes Rosende
Ablación oportuna
23

Martín Lasalt
Fragmento de la novela *Pichis*
32

Mercedes Estramil
Fragmento de la novela *Hispania Help*
40

Mario Delgado Aparaín
Un crimen demasiado grande
45

Andrés Caro Berta
Estar vivos
50

Martín Bentancor
Persistencia
52

Carolina Bello
Un trámite
59

Martín Avdolov
La fantástica vida del muerto de Villa Moon
71

POESÍA

Paula Simonetti
Poemas
83

Fabián Severo
Extractos del cuaderno *Noite nu Norte. Viento de Nadie*
89

Claudia Magliano
Poemas
96

Leonardo de León
Selección de sonetos del poemario *El hacha del bufón*
104

DOSSIER IMAN, Nº 1 URUGUAY S.XXI

Editado por *IMAN*
Publicado por la Asociación Aragonesa de Escritores
Dirección y selección de Textos: Ricardo Díez Pellejero
Maquetación y diseño de edición: Carlos Bozalongo
Diseño de Portada: Estudio DosManos (estudiodosmanos@gmail.com)

Sugerencias y contacto: colectivoespoleta@gmail.com

Editorial

En *IMAN* hemos querido salir de nuestra zona de confort y ofrecer a nuestros lectores el acceso a autores que, por la lejanía y por la prevalencia de la cultura anglosajona, tal vez pudieran haberles quedado vedados o sepultados muy al fondo de la mesa de libros de su librería habitual.

De entre los aquí incluidos, en España, sólo podemos encontrar publicados en papel (al menos hasta donde yo tengo conocimiento) algunos títulos de los clásicos consagrados: Mercedes Rosende, Mario Delgado Aparaín y Henry Trujillo, quedando fuera del mercado nacional autores de larga trayectoria y valía, como Mercedes Estramil, por ponerles un ejemplo. De algunos, como Martín Lasalt, se puede encontrar su obra en libro digital. Sin embargo, la mayoría permanece oculta en las hojas electrónicas de este enorme árbol del saber que es la *World Wide Web*.

Se ha pretendido dibujar una imagen amplia del panorama literario en Uruguay en el siglo XXI —obviamente, parcial y sesgada—, que incluyera autores de diverso espectro, tanto generacional como estilístico. La intención, en todo momento, ha sido la de traer al lector de España una breve cata de esos sabores ultramarinos.

Esta ha sido una tarea intensa pero fácil. Intensa porque ha requerido de unas lentes de aumento considerables y de mucha atención para alcanzar a observar aquellas tierras lejanas. Fácil por la extraordinaria generosidad que nos han dispensado.

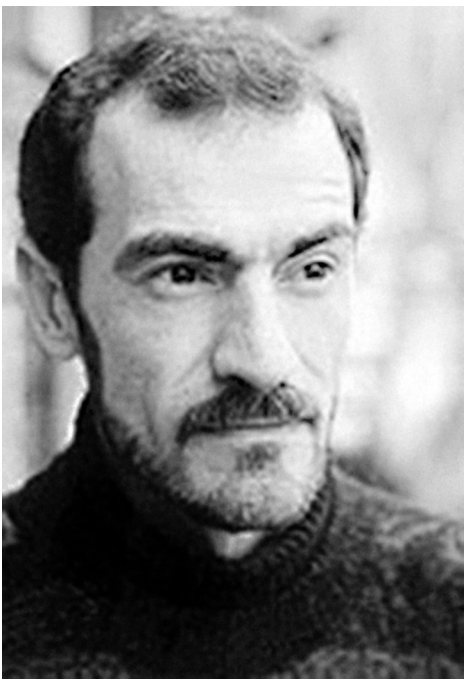
Por ello quiero agradecer a todos los autores que han tenido a bien aparecer en este dossier su enorme e inmediata disposición a la colaboración y su empatía con el esfuerzo, que desde esta orilla, estábamos emprendiendo. En especial, quisiera mencionar la hermandad que ha ido surgiendo con Martín Lasalt, quien ha adoptado esta empresa como suya

y ha amarrado el cabo, a ese lado del océano, uniendo entrambos países con determinación y afecto. De igual modo, agradecer a Débora Quiring, a Estefanía Canalda y a la Editorial Fin de Siglo, todas las facilidades que nos han brindado para llevar esta empresa adelante.

Hay muchos nombres más y de mucha valía. A todas estas manos cuidadosas, que han sembrado sus letras sobre los huertos de papel y que no hemos podido o sabido recoger, y/o con quienes no hemos sabido contactar, les pido mis más sinceras disculpas.

Ricardo Díez Pellejero

Henry Trujillo



Nacido en el año 1965 en Mercedes, Soriano. También es Sociólogo y docente universitario. Vive en Montevideo.

Libros publicados:

Torquator. Banda Oriental, 1993. (Edición bilingüe portugués español en 2012: San Pablo, Grua livros; Montevideo, Yaugurú).
El Vigilante. Banda Oriental, 1996.
La Persecución. Banda Oriental, 1999.
El fuego y otros cuentos. Banda Oriental, 2001
Ojos de Caballo. Alfaguara, 2004; Banda Oriental, 2012
Tres Buitres. Alfaguara, 2007 (Edición en francés: *Trois vautours*. Actes Sud, 2012).

Ediciones que recopilan obras anteriores:

Gato que aparece en la noche. Banda Oriental,1998
Tres novelas cortas y otros relatos. Banda Oriental, 2010.

Se han realizado adaptaciones al cine (*La Espera*, 2002, dir: Aldo Garay), televisión (*El vigilante*, en la serie *Somos*, Canal 10, 2012) y cómic (varios cuentos en *Palabra*, de Sebastián Santana, Estuario Editora y Grupo Belerofonte, 2014).

Gato que aparece en la noche

Llovía. En el atardecer las gotas dibujaban extrañas imágenes en la ventana del pequeño cuarto donde X rumiaba su pobreza. Había estado buscando trabajo todo el día y, al regresar, el chubasco lo había sorprendido. Un tanto deprimido, X se recostó en su cama. Poco a poco, el rectángulo de cielo que contemplaba fue haciéndose más gris y apagado hasta que al fin dejó la habitación en penumbras. X, ntonces, procedió a hacer un breve inventario de sus posesiones. Primero, su mirada se posó en el ropero; allí descansaban unas pocas y pobres prendas, limpias pero apolilladas. Al lado del ropero encontró la mesa; sobre ella un plato, un vaso, un tenedor, un cuchillo y la cocinilla a querosene. Más allá el termo, el mate, un paquetito con yerba y un recipiente con algo de leche que había comprado temprano para que le sirviera de desayuno, almuerzo y cena. Y eso era todo. No, algo más le pertenecía: la bolsita de tabaco que tenía en el bolsillo de la camisa.

Palpó la bolsa con una mezcla de placer y dolor. Dos cigarros. Tenía tabaco para armar dos cigarros y algo le decía que serían los últimos. No los fumaría ahora. Un mate caliente y un cigarro fumado con fruición eran un tesoro que él no cambiaría por el de un jeque árabe. X sabía qué era la vida, conocía el sabor agridulce de las pequeñas alegrías, agradecía cada rayo de sol que entibiaba sus párpados cansados. Y si era invierno, el calor de la cocinilla empañando la ventana azotada por el frío transformaba el cuarto en un palacio. Él, entonces, solo y en paz, se quedaba mirando ese mundo feroz, allá fuera, tan lejos.

Pero ahora ese mundo había invadido su pobre hogar envolviéndolo en un abrazo de hielo y la desolación había pintado las paredes de gris. ¿Qué le quedaba? Solo los cigarros y una cebadura de yerba. Era verdad, siempre se podía luchar. Siempre se podía lanzar un desesperado puñetazo contra esa pared invisible y dura. Siempre podía uno levantarse de sus propias cenizas y mostrar los dientes al infortunio. Pero, pensó X, ¿para qué?

Ya era noche cerrada. También se hacía de noche en sus ojos. El sueño, último abrigo de los pobres, depositaba un velo de niebla en su cabeza. X recostó su

cabeza en la almohada. ¿Para qué más dolor? Aún no era un anciano decrépito y aunque ya no lo querían en ningún empleo por sus cincuenta años, él se sentía fuerte. Lo suficiente como para no aceptar vivir de mendigo. Sí, se dijo, en el transcurso de la madrugada buscaría cómo hacerlo. No en el río, por cierto. ¿Acaso no podía darse el lujo de una muerte confortable? Tal vez una cuerda, pero no la tenía. ¿Un cuchillo? Hubo de sonreír al pensar en el cuchillito que tenía sobre la mesa. No, suicidarse no era tan fácil. El ángel de la noche comenzaba a llamarlo y él de pronto se sentía tranquilo. La decisión estaba tomada. Afuera llovía.

Un ruido.

X comprende que se ha quedado dormido. Algo se mueve debajo de su cama, algo tan grande como para mover sus zapatos, pues eso es lo que ha escuchado. Una rata, tal vez, pero no entiende por dónde pudo entrar. Asustado, enciende la luz y se agacha. Debajo de la cama brillan dos ojos y un maullido contesta su pregunta.

—Un gato —dice X sorprendido.

El gato sale de su escondite y se restriega mansamente contra sus piernas. X sonríe.

—No sé cómo entraste —le dice—, pero no te podés quedar. No se permiten animales en esta pensión, y yo tampoco quiero que me llenés la cama de pulgas.

Un trueno hace vibrar los cristales. La lluvia arrecia sobre las chapas del techo. El gato, negro como la misma noche, maúlla tristemente. X reflexiona, mira un momento a su alrededor, la mísera cueva donde muere todos los días. Se alza de hombros.

—Bueno —le dice al animal como si este entendiera—, sería cruel que te echara fuera con este tiempo. ¿No?

El gato vuelve a maullar.

—Además —agrega X— yo también estoy solo. Nos haremos compañía. ¿Qué te parece? Pero sólo esta noche. Cuando salga el sol, te vas.

El gato trepa a la cama —¿qué importa una pulga más o menos?—. X improvisa un plato con la tapa de un frasco y vierte la leche que le queda en él. El gato lo mira, no se mueve.

—No tenés hambre, ¿eh? Está bien, cuando tengas hambre lo tomás.

X se tira en la cama, sonriendo ante la extrañeza del animal, que no sabe bien cómo comportarse. Pero no demora en descubrir la tapa con leche y comienza a acercársele.

10

—Tengo que decepcionarte —le dice X—. Esto no te va a servir de hogar. Mañana, si venís, no me vas a encontrar.
El gato se detiene. Levanta las orejas.
—¡Ah, no me mirés así! No estoy triste. Sólo estoy terminado. Triste sería estar terminado y sin embargo continuar. ¿Conocés a la señora N? No, qué la vas a conocer. Bueno, la señora N vive en la pieza del fondo. Tiene osteoporosis. Apenas puede caminar. No se puede acostar, tiene que dormir en una silla.
El gato, finalmente, pierde su miedo y comienza a beber la leche con grandes lengüetazos.
—Veo que tenés hambre —ríe X—. Aprovechá. ¡Quién sabe si tendrás comida mañana!
Casi sin darse cuenta X ha comenzado a armar un cigarro mientras el gato negro termina rápidamente de beber.
—La señora N —continúa X— pasa las noches rezongando y llorando. Llora por el dolor que le causan sus huesos quebrados. Rezonga porque sus hijos no vienen a verla, porque el encargado se olvida de comprarle la comida, porque hace calor, porque hace frío. ¿Te das cuenta? Eriza la piel escuchar sus quejidos y ni siquiera puede dormir para olvidar su dolor.
El gato se despereza, clavando las uñas en el piso de madera. Bosteza, se tiende tranquilamente.
—¿Y vas a dormir? No te duermas todavía. ¡Hace tanto que no hablo con nadie!
Lanza una bocanada de humo azul. Solo se escucha el rumor de la lluvia.
—Me hace falta una cosa para ser feliz en este momento. Un vasito de grapa. Eso sería demasiado bueno. Pero, por suerte, tengo que hacer un mate. ¿Qué decís? ¿Apronto el mate?
Tiene la sensación de que el gato asiente. “Debo estar volviéndome loco”, piensa, y ríe de nuevo al comprender lo poco que eso importa ahora.
—¿Entendés lo que quiero decir? Si siguiera, terminaría como la señora N, odiando a todo el mundo, pasando como ella las noches en vela, revolviéndome en mi amargura. Este es un mundo injusto y cruel, y sin embargo lo quiero. No quiero odiarlo. Qué estupidez, ¿no? Bueno, debo decir que esto no está mal como despedida: un cigarro, un mate, y un compañero que sabe escuchar.
El gato ronronea. X lo mira con ternura.
—Tan solo me gustaría una cosa. Cuando era muchacho tuve una novia que se llamaba Lucía. Hace treinta años que no la veo. Dios, era linda.

X lanza una lúgubre carcajada.
—¡Debe ser una vieja histérica y gorda ahora! ¿Qué te parece? Eh, ¿no vas a decir nada?
El gato parece dormir. X apaga el cigarro. Con la espalda apoyada en la pared, escucha el golpear de la lluvia en el techo. Cierra los ojos, está cansado.
Al abrirlos descubre que se ha hecho de día. En el corredor se escucha gente que pasa. X está solo. El gato ha desaparecido. ¿Lo habrá soñado? No es así. En el suelo aún está la tapa en que bebió.
Confundido, sale al corredor a tiempo para ver salir dos hombres de blanco acompañados de un policía. Tras ellos viene el encargado, que le informa que en la madrugada ha fallecido la señora N. Es extraño, dice. Cree haberla escuchado conversar con alguien, pero la habitación estaba cerrada, y nadie que no fuera ella estaba ahí.
X entra en la habitación de su vecina. La han tendido en la cama. Su rostro cansado está en paz, hasta se diría que sonríe. Se sienta en la silla en la que la señora N pasaba sus noches y sus días, y sus pies tropiezan con algo. X se inclina y mira.
Allí, entre sus pies, hay una lata. Una diminuta lata abandonada junto a la pata de la silla. Nada más que una lata, y en su fondo, tres gotas de leche blanca.

Henry Trujillo

Ramiro Sanchiz

Ramiro Sanchiz (Montevideo, 1978).

Escritor, periodista cultural.
Ha publicado, entre otras, las novelas *El orden del mundo* (2014, 2017), *Las imitaciones* (2016) y *Verde* (2016).

Los sueños de la carne

El que la encontró fue un pescador, muy temprano, y después se sentó ante su cuerpo Emilio, el loquito del pueblo, quien había presentido días atrás que la ballena iba a encallar. O al menos eso fue lo que contó. A mí me gustaban sus historias, pero todos los adultos decían que había que evitarlo y yo terminaba por hacerles caso. En cuanto a la ballena varada, me enteré por Marcos, mi vecino, quien a su vez lo supo porque su padre había bajado a la playa a las seis, como siempre.

Para media mañana ya estábamos allí todos los niños de Punta de Piedra, alrededor de aquel cuerpo gigantesco y muerto. Todavía no había empezado a oler, excepto por el olor a mar espeso, al salitre concentrado, y le correteaban por el lomo toda clase de cangrejos y otros bichos de mar. Pero no fue de inmediato que supimos que era una ballena. Podía haber sido cualquier cosa, un dragón, un monstruo, hasta que alguien dijo esa palabra: ballena, y así quedó claro qué era, a qué criatura pertenecía el cuerpo varado.

Esa noche busqué entre los libros de mi abuelo la enciclopedia de tapas verdes en la que se hablaba de todos los animales. Y en el tomo dos, bajo la entrada "Cetáceos", la encontré. Yo no sabía nada de ballenas, pero leyendo aquel largo artículo (no leí otra cosa durante esa semana) me enteré de que las había con dientes y que las había con barbas, y que entre las diversas formas que tomaban esas ballenas con barbas la que había aparecido en la playa tomaba la de la Ballena Azul o quizá la del Rorcual. Pronto empezaría a descomponerse, a desmoronarse, así que lo que vimos aquellos primeros días resultó ser todo lo que íbamos a saber de su forma. Creo que un grupo de gente del pueblo intentó tomar medidas. No sé qué resultado tuvieron sus esfuerzos; supongo que ninguno, porque cuando vinieron a llevarse los huesos nos preguntaron por el cuerpo y sus formas y nadie supo responderles, o nadie quiso hacerlo.

Mi abuelo estaba preocupado por lo que llamaba mi "obsesión". Una noche llegó a decirme que aquella enciclopedia estaba hecha de mentiras y que el tipo de ballena que había encallado en la playa no aparecía en sus páginas porque era "otra cosa". Después, a la mañana siguiente, se arrepintió y me dijo que estaba bien

que leyera e investigara, pero que no me hiciera ilusiones con respecto a lo que iba a poder sacar en limpio porque el cuerpo estaba muy deformado y porque la enciclopedia era vieja o una porquería o ambas cosas. Pero la noche anterior, según mi abuela, había estado borracho. Para mí no tenía importancia; en última instancia, pensé, la enciclopedia era suya.

Creo que fue poco después de esa primera semana, a medida que los huesos empezaron a sobresalir y lo que debía ser la piel de la ballena a desmoronarse y ceder, cuando empezaron a escucharse los relatos de balleneros y de todas las ballenas que habían encallado en Punta de Piedra.

Alguien dijo —y yo no pude verificarlo, ni tampoco mis amigos— que los avistamientos de ballenas eran tan antiguos como el pueblo, o incluso anteriores, ya que en los más viejos relatos de exploradores que pasaban por la zona en tiempos antiquísimos suele haber alusiones a las colas, los surtidores y los saltos de estos animales, a veces confundidos con dragones o serpientes marinas.

Un día acompañé a mi abuelo al bar de las afueras del pueblo; era un miércoles por la tarde, creo, y cuando llegamos descubrí que el paseo tenía como propósito que yo escuchara las historias que contaba allí un hombre bastante anciano al que yo nunca había visto en el pueblo. Después de pasar casi dos horas escuchándolo me pareció que de alguna manera lograba acaparar para sí todas las historias que sonaban por ahí, como una suerte de enciclopedista o memorialista de las tradiciones del pueblo, porque habló de los huesos de ballena que habían sido usados en la construcción del abandonado Gran Hotel, de las costillas de ballena disimuladas en la nave de la Catedral, de la gran pintura "Escena de la caza de ballenas" expuesta en el Cabildo, de las ruinas del astillero al noreste, de los arpones que todavía podían verse en el Club de Pescadores y de muchas cosas más, que pronto olvidé.

Sí me importó dar con la pintura aludida y los arpones. Los últimos no fueron un problema: convencí a mi amigo Marcos de que me acompañara y fuimos en bicicleta al Club de Pescadores, al sur del pueblo. Yo sabía por relatos de mi familia e incluso por fotografías que el lugar había visto mejores momentos, pero por aquellos tiempos estaba prácticamente abandonado y sólo servía para la fiesta de bendición de los barcos, el dos de febrero, cuando las mujeres de los pescadores pasaban todo el día limpiando el lugar y acondicionándolo para el festejo. Los arpones, entonces, estaban apoyados contra una pared, en uno de los rincones del salón más grande. Me parecieron,

en realidad, nada más que pedazos de metal con cierta forma puntiaguda. La pintura, en cambio, sí me impresionó. Marcos creyó reconocer el paisaje de Punta de Piedra como fondo, pero yo no logré verlo. Había un mar embravecido, un cielo completamente irreal, roto por remolinos de nubes o huecos que podían tragarse la luna y las estrellas; había también un barco, un poco a lo lejos, y varias barcazas entre las olas, una de ellas, me pareció, suspendida en el aire. Y también, por último, un monstruo gigantesco, algo que parecía más bien la pesadilla de un ballenero demente y no una ballena. No una ballena real: no podía serlo, porque esa criatura no podía pertenecer a un orden natural, a un mundo en el que las ballenas habían evolucionado de otras criaturas emparentadas con los antepasados —como decía la enciclopedia— de los hipopótamos y los ciervos. Si algo parecía, parecía única. No había género o especie posibles, sólo la idea esencial de monstruo, de abominación, de peligro supremo. Sé que yo uso estas palabras ahora, y que de niño debí pensarlo en otros términos, pero la sensación, salvo que mi memoria me traicione, es la misma. Para empezar, era muy difícil distinguirle la forma completa. Había una gran cabeza, sí, pero no era fácil decir cómo se continuaba el cuerpo o exactamente cuántas partes tenía la mandíbula, cortada por las olas. Además, unas aletas que se veían cerca de uno de los barcos y la gran cola que asomaba desde atrás de las olas no parecían estrictamente biológicas, propias de una criatura viva, sino que resplandecían con tonos metálicos y lucían perfiles demasiado duros y complejos, casi como si dejasen entrever un armazón de poleas y piezas articuladas. Lo mismo pasaba con los ojos, que centelleaban como una fragua, y con el vapor que brotaba del respiradero, en el que parecían adivinarse —sin que fuese posible apreciar del todo de qué se trataba— las formas de grandes ruedas dentadas.

Cuando le conté a mi abuela lo que habíamos encontrado en el club y en el cabildo me contestó que nadie en el pueblo conocía a aquel hombre del bar, que así como había aparecido se había ido y que nunca se supo de dónde venía ni cómo se ganaba la vida. La pintura, además, bien podía ser una falsificación, del mismo modo que los arpones podían haber sido usados para cualquier tipo de pesca. No entendí bien qué quería decirme con eso, pero en su momento aquellas afirmaciones me entristecieron, como si establecieran que de la ballena yo iba a poder saber poco y nada o que me había entusiasmado, una vez más, con una nadería.

También recuerdo otro momento, bastante posterior a la aparición del cuerpo, en que Marcos me avisó que un grupo de científicos había venido de la capital

y estaba examinando la ballena. Entonces la carne había casi desaparecido por completo, reducida a una mínima espuma solidificada en la que se adivinaba algo así como los perfiles de los órganos, todo eventualmente devorado por las aves marinas y los gatos callejeros que bajaban a la playa.

Algunos niños pasamos esa tarde escuchando a una mujer que había venido con los científicos, seguramente una científica ella misma, muy elocuente e interesante en su manera de explicarnos la importancia del hallazgo y la historia natural de las ballenas. Algunas de las cosas que dijo eran parecidas a las que yo leía y releía en la enciclopedia, pero otras diferían notablemente. Dijo, por ejemplo, que las ballenas hacia siglos que existían en números pequeñísimos y que por esa razón encontrar una muerta en la playa era un acontecimiento singular. Después mi abuela —y otras personas del pueblo, al enterarse de lo que nos había dicho esa mujer— la desmintió por completo: la que había aparecido encallada no era ni por asomo la única ballena que murió en nuestra playa. Era, incluso, un hecho relativamente frecuente, que sucedía como mínimo cada ocho años.

Durante mi vida, sin embargo, eso no había pasado nunca, o al menos yo no podía recordarlo. Pero después de escuchar esas palabras de mi abuela empecé a entrever, a veces en el fondo de los sueños, en esas certezas que asoman en los sueños, a veces incluso al leer la enciclopedia o al escuchar historias de la ballena contadas por la gente del pueblo, una suerte de fondo de memoria, de recuerdos apelotonados y apretujados en una masa difusa e informe. Parcialmente, jamás con claridad, creí recordar que yo había caminado con mis padres por la playa y señalado la forma gigantesca de una ballena varada. En algunos de los recuerdos esa escena sucedía por la mañana, con la luz celeste, casi verdosa de las mañanas de Punta de Piedra, pero a veces se me aparecía –como algo de lo que era apenas consciente, plantado cerca del punto ciego de mis ojos– bañada en el color de remolacha del atardecer. En otras ocasiones, incluso, era con mis abuelos que paseaba por la playa, y a veces también me veía cerca del cuerpo, cerca de la boca de la ballena, en la que creía encontrar dientes, como si se tratase —según aprendí en la enciclopedia— de un cachalote. Y yo siempre era un niño pequeño; me costaba caminar y reclamaba todo el tiempo los brazos de quien me acompañara.

(Entre los despojos de la ballena jamás encontramos barbas o dientes; la mujer que vino con los científicos nos dijo que el cuerpo estaba demasiado deformado

por la descomposición como para determinar a qué familia de ballenas pertenecía.)

También estaba la cuestión de las historias que contaba la gente. Con Marcos pasamos semanas recorriendo la costanera y escuchando las conversaciones en los miradores, en el farallón y en los restaurantes, para después tratar de sacar ideas en limpio. Había, descubrimos, muchas historias como las que sugería mi abuela, relatos de momentos del pasado en que otra ballena terminó por morir en nuestra playa. También —entre lo que escuchábamos por ahí y lo que nos contaron en el Cabildo y leímos en un par de libros de historia de Punta de Piedra— empezamos a entender la escala de tiempo implicada, en la que los últimos barcos balleneros partieron del puerto cientos de años antes de nuestros nacimientos, cientos de años, incluso, antes de la llegada de nuestras familias a Punta de Piedra. Mi abuelo confirmó esos descubrimientos y me contó que sus antepasados (los "vascos", dijo) habían encontrado al pueblo en decadencia y forzaron el pasaje de la antigua economía ballenera a la más reciente apoyada en la pesca y el turismo. En cualquier caso, estaba claro que los barcos balleneros habían partido de nuestro puerto durante más de mil años. Algunos señalaban, incluso, que en los comienzos la ballena era vista como un dios que se sacrificaba para el bienestar de nosotros, los humanos, y que los balleneros, por tanto, eran hombres santos que hacían cumplir la voluntad de la divinidad.

Después encontramos al loquito Emilio en la plaza, sentado en un banco con un libro en las rodillas. Lo saludamos y le preguntamos qué leía. Era un libro sobre las ballenas, dijo, y en sus páginas, según nos contó, se decía que el mundo era el cadáver de una ballena gigantesca, arponeada por Dios para que de su cuerpo surgieran todas las cosas, las montañas, los ríos, los mares, los animales y las plantas. Los primeros humanos, leímos, habían sido tallados de sus dientes.

También encontramos un libro, en la biblioteca del liceo, que sostenía que el mundo había sido dominado por las ballenas, eras atrás. Antiguamente, leímos, las ballenas podían volar, caminar y nadar, y construían hermosas ciudades de cristal que terminaron cubiertas por los mares. Los primeros humanos, decía el libro, habían sido esclavos que se habían revelado contra ellas y, tras miles de años de lucha, las habían exterminado y empujado a los mares, su último refugio. Allí se habían convertido en lo que eran en el presente, una especie mermada, la ruina lastimera de unas criaturas que fueron terribles.

Entre las muchas ilustraciones del libro había una que permanece en mi memo-

ria. En un paisaje montañoso, una ballena alada ataca a un hombre montado a caballo. Ambos, ballena y hombre, están cubiertos por metal, por piezas articuladas de metal que de inmediato interpreté como armaduras; el hombre sostiene un arpón o una lanza, y la ballena está arrojándole fuego por la boca.

Las historias que oíamos en el pueblo eran más bien prosaicas e insistían, aparte de los datos anecdóticos, en la recurrencia de las apariciones de las ballenas en nuestra costa, especialmente para morir. Nos pareció muy extraño que tratándose de un lugar de alguna manera "privilegiado" Punta de Piedra no fuese más conocida a nivel nacional o incluso regional, al menos a la hora de estudiar las ballenas.

Después algunos vecinos nos contaron que tampoco era la primera vez que venían científicos de la capital, que aparecían siempre que una ballena encallaba, hablaban, confundían a la gente con sus supersticiones y después desaparecían sin que se volviera a saber de ellos.

Pero esta vez no fue así. Al mes de la partida de ese pequeño equipo preliminar dos ómnibus cargados de científicos y maquinaria aparecieron en la ruta y levantaron un campamento en las afueras del pueblo. Al día siguiente acordonaron el cuerpo de la ballena, ya casi reducido por completo a una trabazón de costillas, y se pusieron a trabajar.

Por las noches daban cuenta de sus hallazgos. Miren, decían, gran parte del esqueleto está por debajo de la arena —y nos mostraban los huesos ocultos o algo que parecía un hueso largo y curvado—, o señalaban lo que pensaban que eran los restos o incluso la huella del cráneo, o cualquier otra parte de la anatomía de la ballena (a veces ellos mismos se contradecían y uno decía cráneo y otros cadera, por ejemplo), y nos preguntaban por la forma que había tenido apenas encallado el cadáver, cuando todavía estaba cubierto de carne y piel.

También nos pidieron que les entregásemos las "reliquias" que pudiéramos haber recogido en los primeros días de la ballena en la playa. Todos nos negamos, y ellos dijeron ser conscientes de que no podían obligarnos a nada, aunque apelaban a nuestra solidaridad. Es muy probable que hayan ofrecido sumas de dinero, esa noche, en los bares de la costanera, y fue así que aparecieron trozos de piel, de aleta e, incluso, buena parte de un ojo, una especie de gelatina solidificada como ámbar que entusiasmó a los científicos y que era con toda seguridad una falsificación de algún avivado, como decía mi abuela.

Pero yo trataba de escuchar a los científicos lo más posible, y así aprendí, por

ejemplo, que no muy lejos de Punta de Piedra había sido hallada una ballena fósil que tenía millones de años de antigüedad y en la que podían adivinarse marcas de la actividad de los balleneros. Supe también que en muchas partes del mundo las ballenas eran un mito, como quien habla de dragones o sirenas o unicornios. Mis padres, pensé, que se habían ido del pueblo hacía ya cinco años, acaso estarían viviendo en un lugar donde la gente ignoraba que las ballenas aun vivían y recorrían los mares y, a veces, morían en las playas de Punta de Piedra. En una ocasión uno de los científicos nos pidió a Marcos y a mí si podíamos responderle unas preguntas. Le dijimos que sí. Las primeras fueron sencillas: qué habíamos hecho cuando supimos de la ballena, cómo habíamos pasado aquellos primeros días, si podíamos contarle de la forma del cuerpo antes de que la descomposición lo desmoronara, etcétera. Esa noche sentí que al responder algo se había sacudido en mi memoria, como quien abre cajas polvorientas y olvidadas para que un montón de polillas se abra camino por el aire. ¿Cuánto tiempo había pasado? Al responder me sabía un adolescente, casi, y en los recuerdos era apenas un niño pequeño. O quizá eso sentía ante la aparición de la ballena, no sé; pero en esos recuerdos que emergían yo me veía en los primeros días jugando sobre el lomo todavía sólido, rodeado de la gente del pueblo, de fogatas en la playa y de música que venía de la costanera. Era una noche de luna llena, en realidad, y la ballena centelleaba bajo la luz metálica como si su piel todavía no desaparecida estuviera poblada de joyas.

No me atreví a comentarle ese recuerdo a Marcos, ni mucho menos a mis abuelos, porque probablemente, concluí, no era sino el recuerdo de un sueño. En los días que siguieron, sin embargo, me pareció recordar otras noches como esa, y de alguna manera era fácil ordenarlas, siguiendo la pauta de la descomposición del cuerpo. Curiosamente, en las imágenes más viejas era visible la cabeza del animal, cosa que no aparecía en la mayoría de los recuerdos, ni en los míos ni en los de nadie. A la vez, si profundizaba en esas capas de memoria, volvía la sensación de que yo era más pequeño, que las distancias se dilataban y que todo era más terrible y más nuevo, del mismo modo que las habría visto de haber sido casi un bebé, un niño de dos o tres años. Pero no todos los recuerdos funcionaban de esa manera: había algunos, por ejemplo, en los que yo podía ver a Marcos y lo encontraba igual que siempre.

Entonces dejé de leer la enciclopedia. Marcos ya había concluido que nada más podríamos averiguar sobre la ballena y que nadie sabía más que nosotros, que

todos los adultos a los que les hacíamos preguntan terminaban inventando las respuestas o aceptando mitos o leyendas sin fundamento alguno. Lo único que dimos por cierto, entonces, fue la historia de los balleneros, con su ascenso y caída.
—Tenemos que escribir un libro sobre las ballenas —dijo Marcos, y le dije que sí, pero que para hacerlo íbamos a tener que escribir también la historia del mundo, de modo que la tarea nos llevaría toda la vida.
Se encogió de hombros.
—Tenés razón —le dije.

Los científicos terminaron por llevarse los huesos de la ballena y la playa pareció volver a su estado de siempre.
Durante esos días todo en Punta de Piedra nos pareció nuevo y reluciente, como si al llevarse el esqueleto de la ballena aquellos científicos de la capital nos hubiesen liberado (a nosotros y a las casas del pueblo, a las calles, a los árboles, a las plazas) del peso terrible que, sin saberlo o apenas sospechándolo, veníamos cargando desde hacía casi tres meses.
Y fue el mejor otoño de nuestras vidas.
Fue cuando aprendí a tocar la guitarra, cuando Marcos le dio su primer beso a Ivana, cuando mi abuelo desenterró aquella medalla de oro, cuando mis padres me mandaron un paquete lleno de regalos, entre ellos un avión para armar. Fue el otoño de los más largos paseos en bicicleta, de tantas sorpresas, de noches cálidas en las que el aire vibraba y centellaba y todos nos mirábamos las caras y no decíamos nada pero sonreíamos, como si de pronto hubiésemos descubierto qué quería decir ser felices. Bajábamos a la playa por las noches, antes de volver a casa, y prendíamos fogatas y bailábamos y nos peleábamos en broma y mirábamos las luces remotas de los barcos más grandes, allá en el horizonte, junto a las tormentas.
Apenas recuerdo el invierno, la primavera y el verano siguientes, como si todo ese tiempo permaneciese invisible gracias al resplandor del otoño que lo precedió. Y, además, después las cosas cambiaron para peor. Mi abuelo enfermó, mis padres dejaron de escribirme, Marcos y su familia se fueron del pueblo. Y estos recuerdos, cuando los evoco, se parecen a hojas quebradizas que el viento lleva lejos y rompe y reduce y hace desaparecer.

Por ejemplo: un día mi abuelo me dijo —con las pocas fuerzas que le quedaban— que apenas se recuperara iríamos a la capital para ver a la ballena, al esqueleto de la ballena, que había sido reconstruido, según dijo saber, en el Museo de Historia Natural.
Mi abuela guardó silencio. Yo traté de parecer entusiasmado, aunque sabía que aquello jamás sería posible, incluso si en efecto estaba la ballena donde mi abuelo decía que estaba.
Y mi abuelo murió pocos meses después.
Yo me quedé en Punta de Piedra. Empecé a pescar, trabajé en todos los restaurantes de la costanera, fui artesano, vendedor ambulante, cuidador de los predios del liceo. Me casé con Agustina y tuve una hija, Margarita, y un hijo, Rodrigo.
Un día viajamos los cuatro a la capital.
Nos había invitado un primo de Agustina, que pasó una semana entera paseándonos por las avenidas monumentales, por los barrios señoriales del noreste, por la Rambla, por la vieja fortaleza, por el Jardín Botánico y, también, por los museos.
El último fue el Museo de Historia Natural.
Ese día le conté a mis hijos que, más de veinte años atrás, una ballena había encallado en la playa de Punta de Piedra, y que sus huesos habían sido transportados a la capital. Y ya en el museo, casi terminado el recorrido, uno de los guías nos llevó a la sala siete, la sala de la ballena.
Allí, suspendido del techo altísimo, estaba el esqueleto de lo que parecía una serpiente. No era tan largo como lo había esperado o como creía recordarlo, y las grandes aletas estaban colocadas por encima de las vértebras, como si fuesen alas. Había también un cráneo, el cráneo de un reptil, de un dragón, con larguísimas hileras de dientes, un cráneo que, yo sabía, no podía ser real.
Una de las paredes de la sala lucía una imagen de lo que habría sido la ballena en el mar. "Reconstrucción tentativa", confesaba. Y era sobre todo una máquina, me pareció, un barco gigantesco, de vientre nacarado, con una cabeza llena de engranajes y poleas y ojos que dejaban ver un corazón en llamas. Recordé de inmediato la ballena-dragón de aquel libro de fantasía.
—No puede ser, la armaron mal —dije a mis hijos—; la armaron mal, en realidad la ballena…
Y me callé. Porque entendí que me preguntarían cómo era en realidad la ba-

llena, cómo era su forma real, y yo sólo podría responderles que no sabía. Que nunca lo había sabido. Que sólo había visto sus huesos y un montón de sueños de su carne.

Ramiro Sanchiz

Mercedes Rosende

Es escribana pública, magíster en Políticas de Integración y experta en procesos electorales en América. Ha sido dirigente gremial, docente, columnista y panelista en medios de comunicación.
La obra de Rosende ha ido evolucionando del thriller al policial negro, caracterizándose por el humor negro y cierta ruptura con respecto a las normas del género.

Obras
Demasiados blues (La Gotera, 2005, Premio Municipal de Narrativa).
Historias de mujeres feas (inédito, 2008).
La muerte tendrá tus ojos (Premio Nacional de Literatura / MEC; Sudamericana, 2008).
Mujer equivocada (Sudamericana, Random House, Montevideo, 2011; Código Negro, Buenos Aires, 2014; El Búho de Minerva, Valencia, 2016).
El miserere de los cocodrilos (Hum, Cosecha Roja, Montevideo, 2017).

Premios
Premio Municipal de Narrativa.
Premio Nacional de Literatura.
Ganadora del concurso de Cuentos de BAN! - Buenos Aires Negra (2013).

01 Ablación oportuna

No aguanto más y decido marcharme. A pesar de la mandíbula apretada de mi madre, que por una vez no dice nada, y de la estudiada indiferencia de mi padre, que lee los avisos fúnebres con la concentración de siempre, abro la puerta y salgo de mi casa para no volver. Una valija azul y un bolso rosado, comprados con mi primer sueldo, intentan contener los diecisiete años de mi vida que saco a rastras hasta la vereda. Afuera, en el mundo, me espera el coche destartalado y ruidoso, fabricado hace tres décadas, con el motor encendido y Claudio al volante.

De camino a mi nuevo hogar intento hurgar en mis sentimientos y recuerdos, trato de seguir la vieja creencia de lo oportuno que es hacer balance de la etapa que se cierra. Me encuentro ante el primer asombro: en este momento no siento tristeza ni la más leve nostalgia por lo perdido, sólo una alegría primitiva y sensual, producto del viento que se cuela por la ventanilla, que me golpea el rostro con la fuerza de la libertad. Lleno de aire los pulmones para retener un instante más el gozo, pero sé que es inútil querer estirar estos momentos tan volátiles. Lo pienso y casi enseguida llega el remordimiento que me roza apenas, una medusa que me deja un ardor molesto y obstinado.

Claudio pone la radio a todo lo que da, el sonido exagerado me pega en la cabeza, me explota en el cerebro. Giro la perilla del volumen con brusquedad y el ruido desaparece como cortado a golpe de machete. Después clavo la vista en el paisaje urbano que conozco de memoria. Él me mira brevemente —lo veo por el espejo de mi puerta-, maneja en silencio. Dos cuadras después me pregunta:

—¿Te pasa algo?

—No, qué me va a pasar.

Lo miro brevemente y veo que tiene esa expresión beatífica de quienes intentan recordar un número de teléfono o son tontos de nacimiento.

—Claro que me pasa algo. Acabo de irme de la casa de mis
padres. Además, salí cargada con el bolso y vos te quedaste sentado en el auto, ni siquiera te bajaste a ayudarme con la valija.

—Es que te vi llegar, tiraste tus cosas para adentro del auto y cuando me di cuenta ya estaba todo adentro.
—Si voy a esperar a que te bajes... Tuve que cargar todo sola y, lo que es peor, mis viejos estaban mirando por la ventana. Después preguntan por qué me voy a vivir con un tipo tan ordinario.
—¿Un ordinario, yo? Ellos ni siquiera salieron a despedirse.
—Tendrías que haber entrado a saludarlos —digo, consciente de la inutilidad de la discusión, pero poco dispuesta a ser la primera en abandonarla.
—Ponete en mi lugar. Si ellos están enojados porque venís a vivir conmigo, no voy a meterme en la boca del tiburón.
—¿Lo de tiburón es por mi padre?
—No nena. Es por tu mamá.
Un gran cansancio baja y se instala en mi cuerpo.: estoy disparando mis cartuchos para el lado equivocado.
—Sí, tenés razón. Es que me da pena haberme ido así, quedar todos enojados.
—Si no estás segura, tomate tu tiempo y pensalo mejor.
—Es tan difícil crecer y tomar decisiones, elegir caminos a seguir, descartar otros. Si pudiera, me partía en dos.
—Esa posibilidad no existe, no podés dividirte. O vas para un lado o te quedás en el otro.
El auto se detiene frente a un edificio decrépito y manchado de hollín en plena Ciudad Vieja, bajamos, arrastramos el equipaje hasta un palier lúgubre que huele a cebollas fritas y a diarios húmedos. Miro alrededor aunque no hay mucho que mirar: las paredes de estuco negro con vetas blancas parecen inclinarse sobre nuestras cabezas y, de los cinco artefactos de luz debronce con forma de garras de león que se extienden hacia nosotros amenazantes, cuatro están quemados.
Claudio deja mis cosas en el piso y aprieta el botón rojo del ascensor, un aparato antiguo de madera y hierro que se desplaza dentro de una caja de rejas negras. Debe tener como mil años, me pregunto cuánto tiempo funcionará, todavía. El ascensor parece responder a mi pregunta con su silencio obstinado. Apoyo el peso de mi cuerpo en un pie, luego en el otro. Claudio y yo miramos hacia arriba, espiamos, metemos la nariz entre las rejas, pero el ascensor no aparece. Aprieto de nuevo el botón rojo, una, dos, tres veces en un intento de convencer al aparato a fuerza de insistencia.

26

Por fin, un estremecimiento, un temblor de los cimientos del edificio seguido de un ronroneo mecánico nos anuncia el inicio de un terremoto o la puesta en marcha del mecanismo. Sonreímos y miramos hacia arriba, vemos llegar la temblorosa caja de madera que nos ahorrará subir ocho pisos por las escaleras. Metemos todo dentro, cerramos las puertas de tijera y oprimo el botón negro que lleva al octavo. Otro estremecimiento de fiera que despierta, otro ronroneo y el ascensor comienza a subir con una lentitud digna de sus años. La valija, el bolso rosado, dos o tres bolsas de nailon, Claudio y yo ocupamos toda la superficie disponible. Miro el espejo y me reconozco allí dentro a pesar de las manchas negras de humedad en forma de filamentos que, como arañas, o várices me adornan la cara. En cámara lenta veo pasar el palier sombrío y empapelado con flores marrones del primer
pisoooooooooooooooooooooooooooooooooooooo,
el palier recién pintado y con plantas de plástico del segundo pisoooooooooooo
oooooooooooooooooooooooooooo
Claudio hace un chiste tonto sobre una tortuga y yo no veo la hora de terminar este viaje. Incómoda y ansiosa, no puedo evitar preguntarme cómo estarán los viejos, si seguirán enojados conmigo. La medusa del remordimiento pasa, me toca y se va, pero deja el escozor que siempre deja la culpa.

No alcanzo a sufrir demasiado: el ardor imaginado queda súbitamente desplazado por la realidad física de una sacudida tremenda, una frenada violenta del aparato que me hace trastabillar, me obliga a hacer equilibrio apoyando la espalda contra el tabique de madera. Enseguida, otro cimbronazo sísmico, el último estertor de la fiera de hierro antes de ldormirse o llamarse a silencio .

El ascensor queda detenido, trancado entre el tercer y el cuarto piso, sumido en un obstinado mutismo. Aprieto el botón negro del octavo piso, pero el aparato parece muerto. A través de la puerta de reja negra, sólo se ve un muro al que le falta pintura y más arriba, la parte inferior de la puerta de tijera del cuarto piso. Me siento desesperar, pero no hay sitio ni para hacerse el loco. Hago lo único que puedo hacer y me prendo al botón rojo de alarma con desesperación de náufrago, mientras Claudio intenta abrir la puerta oprimiendo resortes.

—No te gastes tocando la alarma —me dice sin mirarme—, porque el domingo no hay portero.

—Nos puede abrir algún vecino —respondo justo antes de recordar que en ese edificio hay oficinas, casas de masajes y algún que otro viejo, que debe ser sordo.

En el umbral del desespero, escucho el clic que hace el mecanismo al abrirse, y el chirrido metálico de la puerta tijera corriendo sobre los rieles, abriéndose. La sonrisa de Claudio me llega a los ojos y me devuelve a la vida. Pero abierta la primera puerta, aún nos queda alcanzar la segunda, la del cuarto piso, que está a más de un metro ochenta de altura. No hablamos, pero nos miramos y nos entendemos. Él me alzará, me empujará desde abajo, yo abriré la segunda puerta, entraré reptando al cuarto piso y luego tiraré de él desde arriba. Me detengo por un instante a escuchar los sonidos del edificio, intentando percibir alguna señal de vida. Vano esfuerzo, porque el silencio parece haberse galvanizado al edificio.

Claudio me ayuda a subir casi hasta el techo del ascensor, llego a la parte inferior del cuarto piso, me tomo de la reja de la puerta corrediza y la empujo con fuerza hacia el costado, intentando abrir el mecanismo a la fuerza. Para mi asombro, se abre sin problemas. Miro hacia abajo, a Claudio, buscando ánimo para continuar, pero sólo veo su frente transpirada que hace más y más fuerza para sostenerme en alto. Debo apresurarme. Tomo impulso y, reptando, paso la cabeza por el hueco que queda entre el techo del ascensor y el suelo del cuarto piso, arrastro medio cuerpo fuera de la caja del ascensor y me detengo a llenar de aire los pulmones, exhausta por el esfuerzo. Y quedo así, con el torso en el cuarto piso y las piernas colgando dentro del ascensor.

Enseguida escucho un estertor asmático, que corta el silencio.

(la bestia se despierta)

Siento en mis huesos la sacudida, escucho el ronroneo y enseguida estalla el estrépito del motor que resucita. Adelantándose al terror, el ascensor se pone en marcha y pasa hacia arriba, pasa por mí, camino al octavo piso.

(pasa y me roza, como la medusa o el remordimiento)

El grito desgarrador de Claudio explota aquí cerca, luego se aleja hacia arriba y a mí me queda el ardor que anuncia que mi cuerpo fue cortado en dos. Intento recordar cómo se define la separación o extirpación de una parte del cuerpo, pero la palabra se me escapa, no me viene a la memoria.

Enseguida evalúo las consecuencias, me preocupa saber dónde ha quedado mi conciencia, dónde mi ser y mis instintos, dónde la culpa. No tardo en advertir que estoy en el cuarto piso con mi cabeza y la mitad del tronco, y que también viajo en el ascensor rumbo al octavo, con la otra mitad de mi tronco y las piernas. Veo a Claudio que mira mis extremidades y grita y la cara se le contrae en

una mueca que forma una máscara de horror.
(ablación, se llama ablación)
Soy una mujer dividida, pero ya lo era antes, aunque ahora sí podría estar en la casa de mis padres y vivir con Claudio, todo a la vez. Aunque él haya dicho que no es posible.
Es extraño, pero no siento dolor alguno. Sólo una leve picazón
en el muslo derecho, en el sitio donde anoche me picó un mosquito. Y siento el ardor, que no es diferente del otro ardor.
Ya en el octavo piso, Claudio continúa perforando los tímpanos de todo el barrio y los vecinos del edificio comienzan a salir de sus apartamentos, a agolparse en torno a sus aullidos. Alguien abre la puerta del ascensor, lo sacan a rastras hacia el corredor y se lo llevan dentro de un apartamento, pero sus gritos quedan anclados a las paredes del edificio.
aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah
En el octavo piso, veo llegar a una mujer de minifalda blanca muy justa, medias de red negras y zapatos de taco altísimo. Camina y sus muslos gelatinosos acompañan el movimiento, se detiene frente a la puerta del ascensor, me mira a través del rímel de sus pestañas y tuerce su boca debajo de la capa rouge.
—Qué porquería —dice, como si yo me hubiera cercenado el cuerpo a propósito, sólo por el placer de enchastrar el piso del ascensor.
Después se va por el pasillo y yo veo sus piernas que se alejan sacudiendo la gelatina de los muslos al compás de la marcha. Entra por una puerta del corredor y vuelve a salir casi de inmediato, esta vez con algo de tela negra en la mano. Taconeando decidida, se mete dentro del ascensor y yo desde el suelo veo su tanga rojo cardenal. Detrás, aparece una pareja de viejos tan decrépitos como el entorno y una señora de mediana edad en bata de baño, y todos miran mi cuerpo mutilado, apretados entre el asco y el deleite.
Ya no se escuchan los gritos y me pregunto si a Claudio le habrán dado un sedante o lo habrán amordazado. Desde algún sitio me llega la descarga de la cisterna de un water y casi simultáneamente alguien enciende una radio que toma posesión del edificio a ritmo de cumbia. La pareja de viejos decrépitos y morbosos intenta acercarse para ver más y mejor, pero en el ascensor no hay espacio suficiente y ellos se resignan a mirar desde la puerta, en segunda fila. A mi lado, la dueña de la tanga roja despliega la sábana negra y cubre mis piernas y mi torso, condenándolos a una oscuridad con olor a cebollas fritas.

Cuatro pisos mas abajo, una mujer joven sale de la puerta más cercana al ascensor, me mira a la cara y se tapa la boca con las dos manos. Que no se le ocurra cubrirme con una sábana, pienso. Un niño como de tres años llega corriendo detrás de ella, se detiene justo al costado de mi brazo derecho, me mira y ríe como si algo le hiciera mucha gracia. La mujer joven le tapa los ojos y lo arrastra hasta la puerta del apartamento, que quedó abierta. El niño logra desasirse de su madre, vuelve la cabeza, me sonríe y me hace adiós con la mano libre. Yo le devuelvo la sonrisa.

Oigo llegar la sirena de una ambulancia que detiene su aullido frente al edificio, anunciando mi ablación a todo el barrio. Mete un escándalo que me hace enrojecer las mejillas de vergüenza de sólo pensar que es por mí. Mis piernas, en el octavo, comienzan a entumecerse por la posición dislocada. La roncha que me dejó el maldito mosquito pica más que nunca, pero mis dedos, quince metros más abajo, se mueven en vano: ya no pueden hacer nada.

Escucho pasos acercándose por las escaleras, en el cuarto piso. Un hombre bajo y obeso, en guardapolvos blanco, llega, se detiene al lado de mi cabeza y hace un gesto de asco que me ofende. Casi enseguida llega otro hombre, más joven y más delgado, también de guardapolvos blanco, que mira mi torso y cabeza amputados con indiferencia profesional y sigue de largo por las escaleras, hacia arriba. Al rato, en el octavo piso, lo escucho subir con dificultad de asmático los últimos escalones. Camina hasta mis piernas y sus pasos crujen como si tuviera zapatos negros, muy, muy duros.

crish crish crish

Levanta la tela negra, y me encuentro de frente, con la misma indiferencia profesional mirando mis piernas y mi medio torso. Hace a un lado la sábana y yo agradezco el gesto humanitario. Enseguida vuelve el taconeo de la mujer de la tanga roja que escucho acercarse rápidamente por el pasillo. Sus pasos se colocan en segunda fila, detrás del hombre de blanco, Me llega el siseo de un comentario que no alcanzo a oír, pero que adivino despectivo. Los viejos morbosos ya no están, deben haberse marchado, aburridos de ver sólo una sábana. El médico se limita a observarme con cara de sueño y hace anotaciones en una hoja.

—¿A qué horas ocurrió el accidente? —pregunta a la tanga roja, sin darse vuelta.

La mujer vacila unos instantes, como si consultara el reloj y pensara. Entiendo que quiere ser precisa en su declaración y aprecio su exactitud de relojero suizo.

—Hace doce minutos exactos.
El médico se da vuelta, le agradece con una sonrisa y le echa una mirada abarcativa que desciende por la red negra de los muslos.
—¿Vivís acá? —lo escucho preguntar, en un tono menos profesional.
—Noooooo, trabajo en la casa de masajes —responde orgullosa, apuntando a una puerta.
El hombre de blanco parece interesarse.
—¿Y hasta qué horas está abierto?
—Horario corrido, papi. Si querés, pasás ahora mismo.
El tipo duda, mira a un lado y al otro. Consulta el reloj y piensa. De pronto su mirada tropieza conmigo y recuerda que estoy allí.
—No, ahora no puedo —dice con notorio pesar, haciéndome sentir una escoria, menos que una mancha de humedad.
Ella levanta los hombros como diciendo "vos te lo perdés".
—Venite más tarde y preguntá por Yénifer.
Los viejos del morbo alterado vuelven a salir de su apartamento —el olor a cebollas fritas viene de allí, estoy segura— a la búsqueda de emociones fuertes y se paran en la puerta del ascensor, mirándome y cuchicheando entre ellos. Tendrán tema para sus noches de insomnio, pienso, y huelo las cebollas fritas que llegan en ráfagas. El médico y la tanga roja se sonríen de nuevo, y luego ella se aleja golpeando los tacos contra las baldosas, hasta perderse en una puerta cercana. Los gritos de Claudio se reanudan, llegan desde las profundidades de un apartamento y los viejos también se van, corren a través del corredor, me abandonan por otra emoción más fuerte. Finalmente, yo quedo a solas con el médico, que termina de hacer sus anotaciones en la hoja y la guarda. Me vuelve a mirar con cara de qué me importa y a mí me gustaría hacerle saber que el ardor está creciendo dentro de mí. Los alaridos de Claudio parecen interminables y ya no puedo escuchar la emisión del programa de cumbias.
Cuatro pisos más abajo, el gordo petiso también llena su hoja. El gesto de asco sigue petrificado en su cara y me pregunto si no formará parte de su personalidad. El niño que ríe aparece de nuevo, tal vez escapado de su madre, caminando como un pato. Se acerca en silencio, para que no lo vea el médico y me saca la lengua. Yo le contestaría con el mismo gesto, pero me parece una falta de respeto al profesional que me asiste. Por fin, el médico lo ve.
—Andá con tu mamá, nene.

La mujer llega corriendo, lo toma del brazo y lo mete de nuevo en el apartamento cerrando la puerta tras él. Después vuelve y me mira, aunque ya no se tapa más la boca.
—Pobre chica. Es tan joven.
El médico se da vuelta y la mira. Después pregunta:
—¿A qué horas se produjo el accidente?
—No sé, hace como diez minutos.
La mujer empieza a lagrimear en silencio y a mí me da mucha pena, aunque no sé bien si es por su dolor o por el mío. Los aullidos de Claudio me irritan y me alejan del dilema. El médico le explica a la mujer, tal vez porque no hay nadie más a quien explicarle.
—Debemos trasladar el... los... el cuerpo a la morgue.
Me mira y ahora ella, además de triste parece confusa, como si no pudiera determinar qué es lo correcto en estas situaciones, pero a mí me alegra ver que dejó de lagrimear. Ya encontrará otras razones para llorar más largo y tendido. El médico termina de anotar y declara con voz estentórea:
—Hora de la defunción, catorce y treinta.
Su tono de voz no admite discusiones.
Yo acato la orden y comienzo a extinguirme, a extinguirme hasta morir. El ardor se diluye en la nada, queda atrás junto a los remordimientos, la culpa y la pena, y todo se licua en el vacío al que voy entrando. También los gritos, los hombres de blanco y el edificio lúgubre se van borrando hasta desaparecer.
En este túnel oscuro en que me encuentro ahora suceden cosas terribles que jamás me animaré a contar. Pero al menos, ya no estoy dividida ni siento olor a cebollas fritas.

Mercedes Rosende

Martín Lasalt

Martín Lasalt, Montevideo, 1977.
Estudió Ciencias de la Comunicación y Bellas Artes. Incursionó en guion y producción audiovisual. En 2014 participó en el proyecto colectivo “8y8”, dirigido por Silvina Gruppo y Diego Lazcano desde Buenos Aires. En 2015 ganó el premio Narradores de la Banda Oriental con la novela *La entrada al Paraíso*. En 2016 publicó la novela *Pichis* y el mismo año recibió el premio revelación de la Cámara del Libro del Uruguay. También en 2016 publicó dos cuentos en la recopilación de autores uruguayos *13 que cuentan*. *Pichis* fue incluido en el catálogo uruguayo para ferias internacionales. Actualmente trabaja en un libro de cuentos.

Pichis [Capítulo 1]

Dos pichis que se llamaban el Cholo y la Chola encontraron una cabeza en un contenedor de basura. Por el olor podían decir que no estaba recién cortada, además tenía los ojos hinchados y negros, y de la boca le salía la lengua negra a punto de reventar. Quedaron espantados y fascinados, y se la llevaron al rancho. La dejaron arriba del televisor y se durmieron enseguida, porque habían trillado sin parar y no daban más. A medianoche los despertó una voz. Primero pensaron que el televisor había quedado prendido, pero se acordaron de que el volumen estaba roto y saltaron del colchón. La cabeza susurraba: «Que los justos vayan a los lugares altos».

Salieron disparados, corrieron por la superficie del arroyo y terminaron en avenida Italia. Recién a las veinte cuadras de carrera bajaron la velocidad. La Chola dijo que mejor paraban un poco. Boqueaban como pescados, sudaban a chorros, tenían la lengua y la garganta secas, les dolía todo el cuerpo, y capaz que no había tanta urgencia de encontrar los lugares altos. Capaz que la cabeza exageraba. Pararon. Capaz que ellos exageraban y no se venía el diluvio, el cometa, la peste, ni el tsunami. En medio de toses el Cholo sugirió seguir hacia el Centro porque se le ocurrió que para allá eran los lugares altos. La Chola estuvo de acuerdo y arrancaron. De camino le manguearon monedas a todo el mundo. Era sábado y había mucha gente en la calle porque la vida era una sola y había que vivirla, según les dijo un guacho apenas mayor de edad, con su amigo que era igual que él pero peinado para el otro lado, al volante del autito que sin dudas había sido del padre, por el color, por las llantas, por el sonido de la radio. Les molestó la miradita del pendejo, su sonrisa de PowerPoint mientras les daba cinco pesos. Se había creído todo, el muy imbécil. Como ellos. Ellos también se habían creído todo, y ver lo mismo en el idiota les dio un asco desesperado, parecía que nadie encontraba una salida.

La vida es una sola, dijeron después a otros conductores, como para quedar bien mientras pedían plata, aunque no veían de qué manera la vida podía ser una sola, si ellos habían vivido un lote. La idea de que la vida era una sola guardaba una intención siniestra, te podía convertir en un ganador de sorteo de supermercado, pensaba la Chola, gente fácil que tiene dos minutos para llenar carritos y

después aparece en la folletería con cara de «con esto me arreglan y soy feliz». A la Chola no le parecía poco llenar un carro de supermercado, todo lo contrario, pero no le hubiera gustado aparecer con cara de «con esto me arreglan y soy feliz» y decirle gracias a quien representara esa misma presencia que ella adivinaba, escondida, gozándose de su hambre en las noches. La vida no era una sola, gracias. Pensar que la vida era una sola, creía el Cholo, más concreto, podía convertir a la vida en una laguna que nunca te pasaba de las rodillas.

En ese semáforo se quedaron un rato hasta juntar veinte pesos, que no les alcanzaban ni para un pancho, ahora, con la inflación, y siguieron. Cuando llegaron al Centro se largó un chaparrón muy fuerte: empezaba el diluvio que había insinuado la cabeza. Se guarecieron en la entrada de un cine. Rezaron de apuro y se persignaron, pero mal: arriba abajo al centro y adentro es para brindar, Cholo, rezongó la Chola, aunque ella tampoco se acordaba cómo. Entonces un linyera que dormía ahí mismo se levantó para evitar el agua y se quedó de pie a su lado, a esperar que pasara la lluvia, quieto como un árbol, consciente de su presencia pero tan tranquilo que les dio la sensación de que eso ya había pasado y ahora nada más lo recordaban.

No se terminó el mundo esa noche. Amaneció, paró de llover, volaron los gorriones, rasantes, hinchapelotas. El Cholo fantaseó con darle un zarpazo a uno y comérselo como venía. La Chola fantaseaba con comida preparada. Se olvidaron del linyera y manguearon hasta juntar cincuenta pesos.

Se acercaron al puesto de la plaza y con un grito el Cholo pidió dos panchos con mostaza y aplastó las monedas contra el mostrador de chapa. La puestera se asustó y se lo quedó mirando. El Cholo repitió el pedido. La muchacha seguía quieta. La Chola se fastidió, podían estar así todo el día, ninguno hacía nada por andar ese centímetro de comunicación que les faltaba. Le echó en cara al Cholo que no sabía hablar, pensó que sólo ella era capaz de entenderlo y se enojó, lo empujó, le dio dos cachetazos y el Cholo se angustió por ella, porque así, con gritos y sopapos, escondía la Chola el desconsuelo de seguir a la intemperie, que él no fuera la excepción que la abrigara de la estupidez. Soy un estúpido, soy una mierda, se decía el Cholo, que no creía en la autoayuda, y cuanto más se enrollaba en esos pensamientos, más cerca le parecía estar del calor que le había faltado siempre; era un perro por adentro, nadie lo sabía.

La Chola le gritó a la muchacha en montevideano bien claro que querían dos panchos con mostaza, señorita, y repitió por las dudas y para armar gresca, si

podía ser: dos panchos con mostaza, ¿eh?, dos panchitos, con mostaza, ¡y gracias! Esta vez la puestera reaccionó, sacó dos panchos de la heladera, levantó la tapa de la olla, los echó adentro y subió el volumen de la radio, como si con eso pudiera disimular el olor del Cholo y la Chola, que se le había metido en la nariz. El vapor de la olla se escapó sobre el mostrador y ellos se llenaron del aroma de los panchos. El Cholo agrupó como un niño bueno las monedas en montoncitos con los dedos negros de mugre, mientras la muchacha del carro demoraba el momento de cobrar y pensaba de qué manera se iba a sacar el asco después de tocar esa plata. El Cholo y la Chola se lanzaban miradas furtivas y alegres, olvidados de los gritos. Salieron los panchos. La muchacha puso mostaza de punta a punta, volvió por encima de la primera pasada y le alcanzó el pancho a la Chola. Lo mismo con el pancho del Cholo. El pan estaba tan suave, el olor de la mostaza tan rico y el sol de la mañana tan tibio, que daban ganas de llorar. Aquellos dos panchos fueron los mejores de la historia del mundo y hasta ahora nadie lo había documentado. Para no atragantarse fueron derecho a uno de los canteros de la plaza, donde sabían que había una canilla. Ahí terminaron de comer y tomaron agua, despacio, civilizados, sin comerse, como otras veces, las servilletas de papel empapadas de mostaza. Aprovecharon para lavarse las manos y los brazos, y de paso los pies, y como no había mucha gente a esa hora en el Centro se sacaron toda la ropa y se bañaron. Estaban contentos y no les importaba que los vieran desnudos, pero tenían tal flacura que no parecían desnudos, sino algo horrible. Bañados y frescos y con el sol por encima de las copas de los árboles, se volvieron a vestir y encararon hacia el Cerrito de la Victoria, que, según recordaron con el estómago lleno, era el lugar más alto de la capital, después del Cerro de Montevideo, pero ése no les interesaba, porque estaba cerca del agua, y quién podía saber si la cosa no venía con tsunami. Se detuvieron a tomar agua en el Mercado Agrícola, y se hartaron de ver gente que entraba y salía muy contenta del mercado, que tan lindo había quedado después de la reforma. Parecía que todos decían y pensaban lo mismo, del mercado y de la reforma, y de todo en general, frases repetidas y sexo en la cabeza, pocas cosas más en el corazón, y ahí se terminaba el misterio de la gente. Siguieron camino. Como habían pasado por los fondos de la Facultad de Medicina, hablaron de las historias de la morgue que todo el mundo conocía, bromas pesadas con partes de cadáveres, una chica a la que le habían enganchado una verga a la boletera y que recién se enteró cuando la sacó de la cartera para dársela al guarda, muertos

36

donde no iban, orejas y lenguas en bolsillos, uno que había ido al baño del estadio con la verga de un muerto y se había puesto a gritar «¡Meá, hija de puta!», y que haciéndose el caliente la había tirado al suelo, y todo el mundo mirando sin entender. Cosas por el estilo. A pesar de la charla sobre cadáveres mutilados nunca se acordaron de la cabeza que se habían dejado en el rancho y que tanto había hecho por ellos. Después hablaron de los autos más caros del mundo. El Cholo sabía, por ejemplo, cuántos miles de dólares costaba el Lamborghini violeta que le habían reventado al cantante de Jamiroquai la víspera de la grabación de un video, y el cantante, aclaró el Cholo, no se llama Jamiroquai, la banda se llama Jamiroquai. ¿Y el cantante? No sé. Me gusta cómo baila, dijo la Chola, y el Cholo bailó y cantó: Niña tu sabeees, que robaste el amor del cantanteee. La Chola rio a gritos.

Siguieron y treparon con mucho trabajo por las calles empinadísimas y ardientes del Cerrito y por fin llegaron a la iglesia, un monumento de ladrillo que domina la ciudad y que es más chica de cerca que de lejos y más grande por dentro que por fuera. Habían llegado a los lugares altos. Se acostaron al lado de la puerta de la iglesia y se quedaron dormidos. Despertaron en una oscuridad total. Escucharon muy claro que el mundo se partía y que al fondo del ruido, como en el piso de una olla del tamaño del cielo, se formaba una especie de aullido hondo y creciente. Les pareció que la Tierra era todavía el plato polvoriento de la antigüedad y que toda esa historia del planeta redondo, azul y delicado, formado por fuerzas naturales y vivo porque sí, era un invento malintencionado para alejar a la gente de la vieja realidad simple y llana en la que el arriba estaba arriba y el abajo estaba abajo, y más allá, en una de ésas, los dioses. Esperaban caer al vacío en cualquier momento, morir devorados por monstruos titánicos que sostenían el plato, que pastaban a la sombra del plato. Esperaban desaparecer aplastados por una mano gigante, un pie, un tentáculo. Pero no murieron. No les pasó nada, salió el sol y vieron que todo, salvo la iglesia del Cerrito, estaba bajo agua. Sintieron una gran congoja, pero seguían con hambre, así que decidieron entrar. En la heladera del cura encontraron todo lo que necesitaban para por lo menos dos meses, si seguían comiendo al mismo ritmo que hasta entonces, es decir, casi nada. Se terminaron todo en un rato, sentados a la mesa, cosa que nunca, porque no tenían mesa. Pensaban en lo sucedido y ya nada los extrañaba, porque la realidad es la realidad y contra eso no hay extrañamiento que pueda. Así pasaron dos semanas, muertos de hambre porque se habían co-

mido todo el primer día, y cuando el agua se retiró descendieron del cerro, ladrando de hambre, y se encontraron con todo exactamente igual que antes, pero sin gente. El agua se había ido, pero la gente no aparecía. Todo estaba limpio y en orden, los árboles en su lugar, los cables, los postes, los carteles y hasta los autos estacionados, como si las víctimas del fin del mundo se hubieran tomado la molestia de acomodar cada cosa antes de morirse. El agua no había estropeado nada, no había manchas de humedad, líquenes, babosas, caracoles, pescados, ningún rastro del apocalipsis.

Pellizcame, dijo el Cholo, y la Chola lo pellizcó con mucho trabajo, porque el Cholo no tenía casi carne entre los huesos y la piel, y no sirvió de nada, como era de esperarse. Entraron a un bar y comieron todo lo que encontraron. La televisión estaba prendida y vieron que en los informativos, en los avisos y las películas no había nadie. Empezaron a creer algo que les pareció muy posible: que estaban locos, o muertos, o vaya a saber qué cosa, como en los episodios de La Dimensión Desconocida, pero sin musiquita. La Chola eructó y cantó: «tiruriru, tiruriru, tiruriru». El Cholo no entendió, porque no había visto nunca La Dimensión Desconocida. Sin embargo la miró como si esperara que ahora ella desapareciera, casi como si hubiera visto la serie. Ella, que se daba cuenta de todo esto, le dijo que era un estúpido. Vos me decís estúpido pero si yo te digo estúpida se pudre, ¿eh? Hasta puta aguanto, y depende, pero si me decís estúpida te arranco los ojos en defensa propia. Clarísimo, dijo el Cholo, y murmuró «mongui». Ella le dio un sopapo en cámara lenta. Rieron. Hablaban para demorar un poco más la soledad, no la que tenían entre ellos y las cosas: otra más grande que se acercaba de lejos, como una tormenta de arena. Eso estaba mal. Estaba mal y no podía ser cierto. Sólo que sí era. Se llevaron la plata de la caja registradora. No eran ladrones, pero el crimen en este caso hubiera sido no aprovechar la oportunidad. A poco de andar, sin embargo, se dieron cuenta de que sin gente el dinero no servía de nada y lo tiraron, porque ellos eran así, y así les iba.

Se llevaron un auto. La Chola había manejado una vez el Fiat 600 de un flaco que le prometió enseñarle a manejar de onda, aunque después de andar cien metros quiso renegociar la lección y le dijo que le iba a costar un rato de concha. Ella tenía pensado cogérselo de onda y no le gustó que el tipo se confundiera. Le chocó el auto antes de andar doscientos metros. Por un rato ella misma se creyó que había sido un accidente. Al tipo se le fueron las ganas enseguida.

El Cholo quería llevarse un auto alemán, pero no había manejado nunca y no tenía derecho a elegir, así que ella se llevó uno chino, que brillaba más. A pesar de ser un coche de bajo costo aguantó el estilo de manejo de la Chola. Ella conocía los rudimentos de la conducción, pero parecía que los usara en contra, para matar al auto, entusiasmada por una venganza secreta. El Cholo le preguntó si ese auto le había atropellado a alguien de la familia o algo así. Terminaron en Piriápolis. Bajaron a la playa y caminaron por la orilla, como turistas de hacía un siglo. Turistas, dijo el Cholo. Repitió la palabra, como si no lo pudiera creer. Sí: ellos también podían ser turistas. Estaba claro que un turista no era tan distinto a la gente. La Chola creía haber leído en una revista que con tiempo, mediante el deterioro de ciertas conexiones neuronales, se podía llegar a ser un turista estándar. Ellos, que consumían pasta base siempre que podían, tenían la mitad del camino ganado. Se durmieron en la playa y al amanecer comieron todo lo que les dio la gana en un supermercado. El mundo seguía desierto y ellos decían que no les importaba. Se fueron en el auto hasta el cerro Pan de Azúcar, que según recordaban era uno de los lugares más altos de la república. Dejaron el coche en el estacionamiento, cruzaron la reserva de animales con el yacaré dormido, las tortugas, el zorro, el carpincho... subieron por el caminito y arriba disfrutaron la vista, pero se dieron cuenta de que ya no iba a terminarse el mundo otra vez y al rato bajaron. Entonces sintieron un filo helado en el estómago: había gente por todos lados. El estacionamiento estaba lleno de autos, pero el suyo, creía él que amarillo, creía ella que mostaza, no aparecía, y la gente comía pastafrola, papitas y empanadas, y los bajaba con mate y Sprite. Caminaron entre la gente y se sintieron más sucios y desnudos que los mamíferos tristes de la reserva. Llegaron a la ruta y miraron pasar buses y autos, y la gente que estaba en el estacionamiento, la gente que entraba y salía de la reserva de animales, y la gente que pasaba en la ruta, los miraba con el mismo asco de siempre, el asco feliz de siempre, el asco triste de siempre, y ellos otra vez con el hambre que los mordía y el sol que les campaneaba en la cabeza, como un hermano mayor lleno de odio.

Martín Lasalt

Mercedes Estramil

Nací en Montevideo en 1965. Cursé estudios de Letras en Facultad de Humanidades. Desde 1993 trabajo en el Suplemento *EL CULTURAL* del diario *EL PAÍS*, además de colaboraciones para otros medios. Publiqué hasta ahora cinco libros. Tres novelas: *Rojo* (1996, reedición 2011), *Hispania Help* (2009), *Irreversible* (2010); un libro de relatos: *Caja Negra* (2014); un libro de relatos / ensayo (inclasificable, en realidad) resultado de una columna mensual escrita para la revista BLA: *Iris Play* (2016); y está en imprenta la cuarta novela: *Washed Tombs* (2017).

Fragmento de la novela *Hispania Help* (HUM, Montevideo, 2009)

Excepto por los meteorológicos, todos los pronósticos se confirman.
El caso es que sin trabajo y sin familia, las fronteras se abren. Pensé que podía alquilar la casa y largarme a otro país a probar suerte. Casi nunca resulta pero casi nunca uno hace las cosas para que resulten, sino para no morir de aburrimiento. Mi Mejor Amiga quería que no me fuera más lejos que a Buenos Aires, para tenerme cerca, dijo. ¿Pero Buenos Aires no es una Montevideo más grande? Y si no pasás por la televisión ¿triunfás también? Esas dudas que te carcomen no me las iba a quitar a los cuarenta. Buenos Aires quedaba descartado por demasiado cercano, igual que queda descartado coger con un amigo sólo porque está ahí, cerquita. Para tentar al fracaso otra vez, tentarlo en grande, dándole incluso la posibilidad de que los aviones caigan o te redireccionen en la aduana. Mi ascendencia italiana me aconsejaba Roma. ¿Pero Roma? ¿A qué? ¿A visitar la tumba de mis abuelitos? ¿A trabajar en una pizzería? Ya la palabra Roma me detiene como una dificultad cósmica, leo Roma y pienso en un imperio marchito, en gladiadores peruanos, en Anita Ekberg. Por otra parte, mi ascendencia española me aconsejaba Galicia, Santiago, la Costa de la Muerte. Tuve una iluminación: que en España hallaría la paz, prosperidad, ilusión, felicidad, sosiego, que toda vida busca.
Con todo, y aunque el reinado borbónico parece serio y sin restos de sangre inglesa adúltera, ya hubo un suicidio cerca de la realeza, y no me fío para nada de que entre andaluces y catalanes no se arme una gresca cualquier día de estos. Si me preguntan, entre dividir y unificar, unifico. ¿Dónde escuchó alguien que Texas o Arizona quieran la independencia? ¿Que los Grandes Lagos quieran desanexarse? Silenciosos y a lo suyo como una pista de hielo. Me gustaría ir a Canadá o a Finlandia o Dinamarca, países calladitos. Me imagino a sus habitantes como personas que no te rompen las pelotas pidiéndote dos pesos para el boleto, ni dejan cagar al perro delante de tu puerta, ni tiran la basura desde el sexto piso a la calle, ni se cuelgan del tendido eléctrico para no pagar al Estado, ni le agregan agua al vino para venderlo, ni se hacen pasar por indigentes para obtener ayudas estatales, ni mucho menos dan una declaración de bienes falsa

de la a a la z, ni te caen a comer de garrón sin traer un detalle, ni se niegan a pagar la medianera de un muro, ni te fulminan con un perfume para robarte, ni te piden una ayudita para darle leche a sus hijos siendo que tuvieron de sobra para hacerlos, ni se dejan coimear para apresurar un trámite, ni fingen una enfermedad para no ir al laburo, ni hacen huelga de hambre para salir en los noticieros, ni grafitean los monumentos, ni siguen hablando de izquierda revolucionaria, ni se quedan con un vuelto mal dado, ni viven esperando una quiniela, ni salen de la cárcel sin cumplir toda la condena, ni hacen llamadas privadas de un teléfono estatal, ni mandan a limosnear a los hijos, ni cobran sin trabajar, ni tienen caries.
Una aclaración, porque nunca falta un descubridor de la pólvora o un malintencionado o un Harry el Sucio cazador de plagiarios: no estoy copiando a Fernando Vallejo. Que usted crea que me quiero parecer a él es otra cosa. Lo que pasa es que a veces pensamos igualito, pero lo meritorio es que yo soy una todavía joven desempleada uruguaya y él es un rico vejete maricón con pinta de galán y colombiano. Y Colombia, ya se sabe, pura droga: yo creo que en Uruguay se empezó a hablar de pasta base desde que estrenaron *La Virgen de los Sicarios*, y desde entonces policías, sociólogos, abogados, jueces, aseguradores, informativistas y funerarias han tenido más trabajo. Todos, menos yo.
Sería España, entonces, la tierra donde Vila-Matas ejerce sus dominios de conocedor de escritores negados. No niego que cuando comenté para *El Profetón* "Bartleby y compañía" ni conocía a Bartleby ni a la mayoría de los "acompañantes" y ni que hablar de Vila-Matas, porque contra lo que creen las sociedades "progres", las Facultades de Letras no son manantiales de sabiduría e información. Además, yo dejé la Facultad por una zapatería, y en Literatura Española no pasé de Martín Santos y su primer tiempo de chabolas. No tengo muchas expectativas y no se empieza de nuevo, pero las aerolíneas no existirían si el mundo pensara igual. Una vez que uno es hijo de inmigrantes, vive sobre un puente siempre, cuando no debajo. Menos mal que no soy paquistaní ni me voy a Francia. A veces hablo con mamá y le digo: nada de bajar la cabeza, nada de lavar pisos, ni guardar pesito a pesito bajo el colchón, ni zurcir bombachas ni tomar agua del grifo ni ahorrar en desodorantes. Ahí están mis abuelos y ella misma para decir a qué parada lleva ese ómnibus. Imagino que me sonríe con sabiduría cuando le hablo así.
Igual, no es mala leche, pero adivino las piedras en el camino. Porque el locatario es así: te la complica, le tiene pánico al recién llegado. Lo sé porque a mí

me pasa y no salgo casi nunca: cuando voy a la Ciudad Vieja y veo tanto chino y vietnamita y coreano me pregunto qué vienen a hacer acá. Ni siquiera aprenden el idioma, te hablan en inglés como si esto fuera un protectorado británico. Y no. Lamentablemente. Cuánto temo que la nueva España me trate así, aunque les muestre la ciudadanía española y me cuide del "vos" y coja esto y aquello todo el santo día, creo que los sensores de alarma de cada oficina pública y cada comercio se van a prender, y me van a gritar sudaca hasta los perros. Y vuelta a explicar: soy "urugualla". De la República Oriental del Uruguay. El país chiquito, entre La Argentina y Brasil. "Montevideu". El invento inglés. Ahhh. Porque hay que ver las ideas locas que circulan sobre nosotros. Está ese japonés beatlemaníaco, Murakami, que se imaginaba lagartos y escorpiones. Tendría que hacer como Amis, darse una vueltita en el verano. Y el Uruguay de *Maratón de la muerte* que dieron por televisión la otra noche donde lo único que parece uruguayo es Dustin Hoffman. Y Seagal, que nos trata de república bananera, qué mierda el cine. Después la gente se queda pensando que somos eso y viene esperanzada.

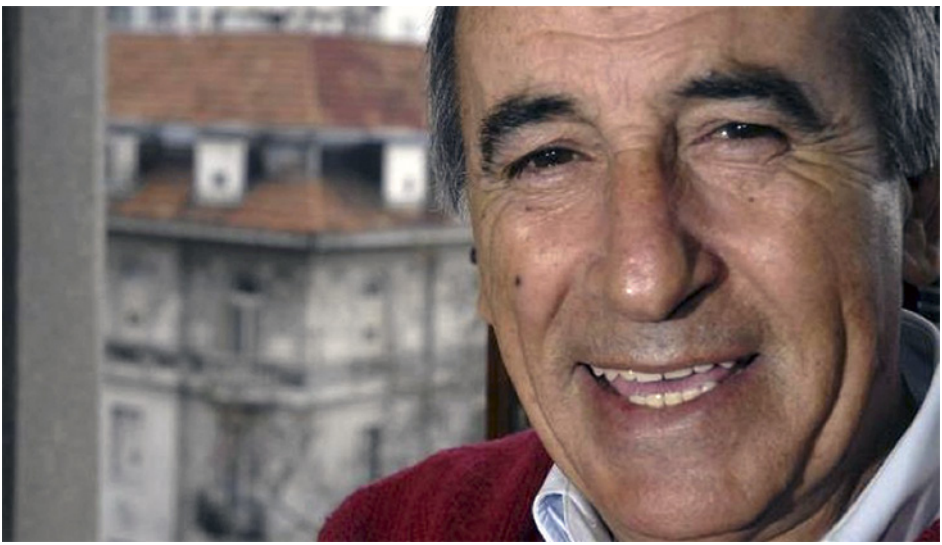
Pero ojo, esto lo digo acá. Nadie crea que voy a salir a hablar mal de mi patria cuando me vaya, como un misántropo vulgar, y darle la espalda a dos siglos de gloriosa historia. Todavía puedo —sin que la voz me tiemble— mencionar Maracaná, jurar que no hay postre como el dulce de leche y hacerle un altar al mate y la saliva ajena. Tengo miedo, cuando me pregunten y piense en lo que de verdad he visto, y sin embargo diga: maravilloso. ¿Mi país? La Suiza de América, como antes, como siempre. Sí, hemos tenido algunas dictaduras, algunas democracias, algún Banco quebrado. ¿Empleados públicos?: nuestra mayor fortuna, el Futuro. Más ratas que habitantes pero también más exportadores de software que habitantes, y sobre todo más escritores que habitantes. Un criadero de cerebros, los produce la yerma tierra que no da petróleo ni diamantes, la penillanura ondulante: el lugar ideal para vivir. Por eso vinieron acá mis abuelitos y mis papás. Bajaron vomitando, golpeados por el olor del puerto, con un vacío en el corazón. Eran los cincuenta, pero aldeanos al fin, no recuerdan haber visto las vacas gordas, y los catálogos del London París no estaban abiertos para ellos.

El sótano de un bar de mala muerte, la cuadra roedora de una panadería, lámparas de 25 wats, las cámaras frigoríficas y el traqueteo imparable de las máquinas de coser, eso sí, estaba esperándolos con una paciencia de la que debían sospechar. Pero no. Los aldeanos tienen eso, que van como las mulas, con los ojos

cerrados a honrar el trabajo hasta caer rendidos. Todo muy triste. Pero como diría mamá, hay que ser positiva: me esperan los aceites de oliva más vírgenes, el tren bala, correos que siempre llegan a destino, jardines públicos inviolables, la burocracia veloz y educada, el equipo de las estrellas, la mejor seguridad social del mundo, los matrimonios gays, Almodóvar.

MERCEDES ESTRAMIL

Mario Delgado Aparaín



Soy Mario Delgado Aparaín y pertenezco a la gloriosa generación del '49. Nací en un paraje rural casi desconocido del corazón del Uruguay, llamado La Macana de donde, como no podía ser de otra manera, procedemos la inmensa mayoría de los macanudos.

Soy un tipo que se deslumbra fácilmente con los seres humanos deslumbrantes, tal como me ocurrió con un hombre negro maravillado por el rock y por Elvis Presley, que cantaba en inglés sin saber inglés en los prostíbulos de Mosquitos, en tiempos de la dictadura militar uruguaya.

Convencido de que la literatura es una operación de rescate de los pequeños universos ajenos, traté de salvar aquel negro del olvido y así surgió la novela *La balada de Johnny Sosa* (1987) ya traducida a varios idiomas.

Como mis padres nunca estuvieron mucho tiempo en ningún lugar, tengo dificultades para decir de dónde soy, por lo que me vi en la necesidad de inventar un pueblo en donde ubicar tanto la mayoría de mis historias como a mí mismo. Así surgió Mosquitos, un diminuto pero complejo universo en donde se ubican historias como *Alivio de luto*, *El hombre de Bruselas*, *La balada de Johnny Sosa* (Premio Municipal de Literatura, Montevideo, 1987), *Tango del viejo marinero* y

casi medio centenar de cuentos recogidos por la editorial Planeta en *Un mundo de cuentos*, entre ellos "Terribles ojos verdes", un cuento que tuvo la fortuna de ganar el "Premio Juan Rulfo" de Radio Francia Internacional y de ser llevado al cine para televisión por el Canal 10 de Montevideo.
En los últimos tres años, me di el gusto de hacer un programa semanal de entrevistas a creadores de todas las expresiones artísticas, en el canal montevideano *TV Ciudad*. Actualmente, con un maravilloso equipo de jóvenes profesionales, acabamos de estrenar la película *Otra historia del mundo**, dirigida por Guillermo Casanovas, adaptación cinematográfica de la novela *Alivio de luto*, que fuera finalista del Premio Alfaguara de novela y del Premio Rómulo Gallegos.
Ahora, cansado del mundo urbano y de las urbanidades de Montevideo, estoy dudando en radicarme en Mosquitos, donde viven Johnny Sosa y sus chicas, o en Puerto Montt, donde vive gente como Luis Sepúlveda y Yuri Soria Galvarro.

NOTA: Mario Delgado Aparaín también es autor de diversos volúmenes de cuentos, entre los que se encuentran *Querido Charles Atlas* y *El canto de la corvina negra*. Escribió con el chileno Luis Sepúlveda *Los peores cuentos de los Hermanos Grimm* (2004). También se destacan *Mandato de madre* (Premio Foglia de Novela, 1990) y *No robarás las botas de los muertos* (Premio Bartolomé Hidalgo, 2005).

*La película *Otra historia del mundo* ha sido seleccionada como representante uruguaya para la próxima edición de los premios Oscar, así como a los Goya, de la que también escribió el guión, junto a Casanova y la guionista Inés Bortagaray.

Un crimen demasiado grande

En una pequeña casa blanca del apacible barrio de La Filarmónica, casi sobre la cima del cerro y bajo un sol que partía las piedras, ocurrió a principios del verano un hecho terrible. Para descubrirlo, Sherwood Cañahueca, un policía de lentes negros, eternamente vestido de traje oscuro a rayas, solitario y excelente en su integridad moral, tuvo que tirar abajo la puerta de entrada y entrar al dormitorio caliente como un horno de panadería, con un pañuelo a cuadros que apenas le filtraba la respiración.

El lecho estaba desordenado y manchado de sangre. El hombre, muerto. La habitación en penumbra. Solo las moscas transitaban con pereza sobre la curva reseca y tumefacta de la nariz del difunto. Eran tres. El detective contó tres moscas. La menor de ellas tenía todo el aspecto de haber deambulado buena parte de la mañana por el rostro mal afeitado del muerto y se veía con facilidad que tenía serias dificultades para desplazarse. Era una de esas moscas que odian las barbas, de modo que por lo general tienden a ubicarse en el dorso de la mano derecha tal como lo estaba haciendo aquella, mientras las dos restantes habían ocupado la amplia frente de profundas arrugas, como si se tratase de una árida y accidentada pista de aterrizaje.

Sherwood Cañahueca no lo podía creer. No tenía noticias de que alguno de los muchachos del comisario Laguna hubiese soñado con encontrarse alguna vez frente a un cuadro semejante, en un recinto cerrado en el que solo había un muerto y tres moscas. En definitiva, parecía tratarse de una historia pequeña, pero de una complejidad casi microscópica si no fuese por el tamaño de los insectos.

En efecto, dos días antes, desde el marco de la ventana cerrada, una de las moscas había estado observando al hombre que lloraba sentado al borde de la cama y se tironeaba de sus escasos cabellos con la crueldad propia del que se odia a sí mismo. Le había fallado la vida en toda su extensión. Así que parecía una presa accesible.

El primer acto no fue ni de la mosca mayor ni de la menor, sino de la del medio. Es más, por lo que estaba observando Sherwood Cañahueca, la mosca se debió de haber posado al borde del ojo izquierdo mientras el hombre, tendido en la

cama, miraba fijamente el techo con las manos bajo la nuca. Seguramente irritado por la molestia, debió realizar una compleja y malograda maniobra para sacar una de las manos apretadas por la nuca, levantarla por encima de su cabeza y dejarla caer con brutalidad sobre su propio ojo. Pero para ese entonces, la mosca del medio ya no estaba allí. En el preciso instante en que la mano debió de haber completado su impacto en el ojo, la mosca se posó con seguridad en el mismo dorso de la mano. El breve y arriesgado vuelo tiene que haber sido excelente. Lo que sobrevino a continuación era más que previsible: probablemente, mientras el hombre se reponía del dolor en el ojo, la mayor de las moscas optó por descender en uno de los orificios de la nariz y el hombre, sentado ya sobre el respaldo de la cama, descargó un furibundo golpe de mano abierta sobre su propia nariz, haciéndola estallar en un reguero púrpura que alcanzó a la almohada y las sábanas.

Por los ojos desorbitados se adivinaba fácilmente que había sido víctima de un arrebato de furia, hasta el punto que se había propinado un segundo golpe, menos violento que el primero, propio de quien se recrimina a sí mismo una suprema estupidez.

Entonces sí, debió de haber llegado la tercera mosca para posarse en el centro de la frente, permaneciendo así un instante para acicalarse sus patas delanteras, como hacen apenas descienden en un sitio despejado. Con los ojos obstinadamente dirigidos hacia arriba, pero sin moverse, con la nariz sangrando profusamente, era seguro que el hombre debió haber tomado al tanteo el revólver de la mesa de luz, y no lo dudó más. En realidad, debió de haber estado dudando durante varios días, como es propio de quienes tienen motivos suficientes para no querer la vida, pero que necesitan de una buena dosis de valor para abandonarla. O al menos, una excusa mínima para romper el inmovilismo y transitar de una buena vez el dolor de los finales. Y la excusa debió de haber estado allí. En el centro de su frente. De modo que apretó el gatillo y disparó hacia el sitio donde suponía que ella estaba posada.

Jamás se enteró de que la mosca, con elegancia, sobrevivió entre el breve montículo del pelo, ocultándose apenas en las mismas fronteras de la frente.

Doblando cuidadosamente el pañuelo a cuadros y metiéndolo en el bolsillo trasero del pantalón, el detective Sherwood Cañahueca pensó que las dos moscas restantes tuvieron forzosamente que haber volado en auxilio de la tercera, para detenerse al borde del siniestro orificio caliente, oscurecido por el fogonazo

del tiro. Recién entonces debió de haber emergido la tercera entre la pelambre raleada de la frente, para unirse a las restantes, volar juntas hacia el marco de la ventana y, en formación recta, extasiarse en la observación, lamentando seguramente que el hombre tendido en la cama fuese de semejante tamaño.

Sherwood Cañahueca sabía que las moscas son capaces de permanecer estáticas, sin moverse del sitio, no más de dos días. Así que si aún estaban quietas en su sitio, la terrible escena había tenido lugar cuarenta y ocho horas atrás, probablemente durante el tórrido mediodía del sábado. Pero esa era otra historia, menos técnica, más vinculada a la intimidad del hombre tendido en la cama, quieto.

El detective abandonó el nauseabundo dormitorio sin tocar nada y cuando salió al destellante solazo del patio, volvió a montarse los lentes de sol. Luego armó un tabaco Cerrito, lo ensalivó profusamente y lo encendió con un placer tan infinito como amargo.

Con la mirada perdida cerro abajo, pensó que una vez más, el comisario Laguna no se lo iba a creer o se lo volvería a atribuir a una de sus insolaciones del verano, cuando exageraba en espiar bajo el sol a políticos que frecuentaban a mujeres ajenas.

«Esto sí que es un crimen...», se dijo Sherwood Cañahueca mientras comenzaba a caminar hacia la jefatura. «Pero, ¡carajo!, demasiado grande para tres moscas...».

MARIO DELGADO APARAÍN

Andrés Caro Berta

Psicólogo clínico, es Presidente de la Federación Uruguaya de Sexología y Presidente de la Comisión Fiscal de la Sociedad Uruguaya de Sexología. Docente de Psicoanálisis y Sexología. Perito del Poder Judicial.
Como escritor, es Directivo de la Casa de los Escritores del Uruguay. Director de la Escuela de Creatividad de Montevideo. Coordinador del taller de escritura de cuentos ESCRIBIR DESDE EL ALMA, integrante del Grupo Fantástico de Montevideo Adrenalina Montevideanis (nada será igual).
Ha publicado *Libro de cuentos* (Ed. Abrelabios, 1997), *Ruido Blanco* (Libro de cuentos del Grupo Fantástico de Montevideo, Ediciones 1024, 2013). Autor del *Diccionario Etimológico de lo Sexual* (Mención Ensayo Inédito 2000, Ministerio de Educación y Cultura). Crítico de cine. Responsable de página de cine en *Diario Cambio* (Salto).
Dramaturgo, director teatral (http://www.dramaturgiauruguaya.gub.uy). 12 de sus obras han visto levantar el telón.

Estar vivos

Dos sombras avanzaban en la noche por las callejuelas de Venecia, tomadas graciosamente de la mano.

Estas sombras se transformaron en personas cuando entraron a la amplia plaza, ataviadas con extravagantes vestidos del Renacimiento, y unas máscaras cargadas de adornos, que ocultaban sus rostros.

Les esperaban otros, como ellos.

En determinado momento, al golpeteo de un bastón, todos comenzaron a danzar.

No había música, pero igual movían armoniosamente sus cuerpos.

Las parejas que ocupaban todo ese espacio abierto, giraban, se saludaban, bailaban en silencio, ocultas tras las máscaras.

Un rato de Sol los alertó.

Entonces, huyendo del placer compartido, fueron a sus refugios oscuros y húmedos, a la espera de una próxima noche en la que volverían a manifestar la alegría de retornar, por un tiempo corto, a la vida, a la vida…

Andrés Caro Berta

Martín Bentancor

Martín Bentancor (Canelones, Uruguay, 1979).
Es autor de los libros de cuentos *Procesión* (2009), *El despenador* (2010), *El aire de Sodoma* (2012), *Montevideo* (Premio Espacio Mixtura / Casa de los Escritores, 2012) y *La lluvia sobre el muladar* (2017), y de las novelas *La redacción* (2010), *Muerte y vida del sargento poeta* (Premio Narradores de la Banda Oriental, 2013), *El Inglés* (Premio Anual de Literatura del MEC, 2015) y *La materia chirle del mundo* (2015). Junto al dibujante argentino Dante Ginevra publicó la novela gráfica *Cardal* (Fondos Concursables del MEC, 2011).

Persistencia

Cuento publicado en el libro *La lluvia sobre el muladar* (Estuario Editora, Montevideo 2017).

Enquistada en el organismo reseco y yerto de la zona, como un bulto sin significado en perpetuo cambio y expansión, la frase se nos ha prendido a todos como un signo de pertenencia y de color local. Con los años, con las décadas, con el desplazamiento tenaz que las generaciones le van otorgando a las costumbres y a las cosas, la frase sigue viva en toda la Tercera Sección, adoptando a veces variantes particulares y caprichosas que no logran alejarla de aquella emisión original. Jóvenes y viejos, hacendados y peones, monteadores y amas de casa, todos en algún momento, para describir una circunstancia que nos excede o asombra, o como simple fórmula para subrayar la particularidad de un acontecimiento, hemos pronunciado las palabras con los matices propios de cada voz. Persistente como Barragán.

El adjetivo, como se ha dicho, puede cambiar y la línea original puede ser escuchada en variaciones como: 'Duro como Barragán', 'Caprichoso como Barragán' y 'Tozudo como Barragán'.

Algunos dicen que fue el mismo tipo que lo bajó del árbol, un pescador con rostro aindiado que se acercó al rancho a pedir un poco de kerosén, el que acuñó la frase, pero en el pueblo tenemos dudas al respecto; para empezar, el sujeto nunca lo había visto hasta el momento que cruzó el alambrado y, disponiéndose a golpear las manos en el patio, lo descubrió colgado del gajo más grueso del centenario eucaliptus.

Meciéndose suavemente, con la lengua violeta segregando aún un fino rastro de saliva, Barragán contemplaba sin ver las tribulaciones del pescador, la mirada taimada y cruel del hombrecito que había ido por combustible para el farol y se había encontrado con el ahorcado.

El pescador era un tipo observador; largos días y noches en las costas del río

Santa Lucía le habían permitido desarrollar la percepción para adaptarse a los accidentes de las orillas y al devenir de los animales acuáticos y las plantas traicioneras. Por eso, como al descuido, observó que el cadáver que colgaba había padecido un largo martirio antes de convertirse propiamente en finado. Cuando el cuerpo giraba hacia la derecha del punto donde se había detenido el pescador, podía apreciarse un rastro de sangre que iba desde la frente hasta el mentón. Al acercarse, deteniéndose a pocos centímetros, el hombre descubrió lo que las sombras de los gajos ocultaban: el rastro de sangre cubría un amasijo de carne y de piel destrozada y algunas moscas, lerdas y zumbonas, recorrían los restos de la mejilla y la quijada. En simétrica formación, alzaron vuelo cuando la mano del intruso abrazó las piernas del muerto.

El pescador, que procuró la ayuda del vecino más cercano para descolgar el cadáver y que recibió, por parte del comisario Lestido, una reprimenda que casi termina en calabozo, no conoció los detalles de la persistencia y la agonía de Martiriano Barragán aunque es probable que poco le importara el asunto, una vez regresado a su mundo silencioso de chapoteos fugaces y largas esperas en el castigado botecito.

Fue a la noche siguiente, cuentan, en una de las mesas más apartadas del bar Encarnación —entonces propiedad del finado Juvencio Aldao—, bajo una desteñida luz anaranjada, administrando los maníes y las aceitunas de los pequeños platitos, cuando el doctor Francisco Echezzare y el funebrero Carlos Baumeister, tomando coñac el primero y whisky con agua el segundo, reconstruyeron, como un juego inofensivo y banal, las últimas horas de Martiriano Barragán, el pequeño dios de los suicidas por venir, y el protagonista universal de la frase por todos conocida, repetida y versionada en la región.

Echezzare y Baumeister habían tenido oportunidad de contemplar largamente el cadáver horizontal, luego de que los hombres de Lestido lo trasladaran al fondo de la comisaría. Recostado sobre la rústica cama de una celda vacía, con las manos cruzadas sobre el abdomen duro e hinchado, y a pesar de la ausencia de una parte considerable de la cara, el difunto lucía despreocupado y apacible, indiferente a los movimientos de aquellos dos seres desteñidos y ridículos.

El veneno fue primero, dijo el doctor. Calculo que después de almorzar, echó dos cucharadas soperas en un vaso de clarete, revolvió y lo mandó a depósito. Después, como quien espera una carta o una sentencia, se sentó debajo del eucaliptus. ¿Estamos de acuerdo?

Baumeister asintió. Su teoría inicial, de que el disparo fue el que inauguró el asunto, se había desvanecido un par de horas atrás, ante el análisis garabateado que le mostró la secretaria de Echezzare. El papel era claro y concluyente y determinaba, como un dictamen firmado por un Concejo de Notables, la precisión que podía alcanzar el funcionamiento intestinal de un ser humano.
Sobre cuánto tiempo pasó entre el vaso de clarete y el balazo, tengo algunas dudas, dijo el doctor escupiendo un minúsculo carozo en la palma derecha. Dos horas o tres. Tal vez cuatro. Lo cierto es que deben de haber sido horas eternas para él, sintiendo cómo el veneno le recorría las entrañas, le provocaba temblores y sudores fríos y le congelaba las plantas de los pies.
La impaciencia del trámite, dijo Baumeister. Hasta los suicidas tiene que esperar turno para morir.
El doctor Echezzare levantó el platito de aceitunas, lo agitó en el aire y se lo mostró a Juvencio. El bolichero, que parecía haber estado esperando el gesto toda la noche, apoyado sobre el mostrador, contemplando a través de los dos únicos clientes el ventanal deslucido que daba hacia la calle principal y a una parte de la plaza, asintió con la cabeza; manoteó el bollón de la aceitunas y, de camino, con la mano libre, enganchó los cuellos de las tres botellas, impulsando con un golpe seco la hielera de tal forma que, como el más diestro equilibrista, atravesó el salón con el recipiente de espuma plast bamboleándose sobre el bollón. Una vez junto a la mesa, distribuyó, diligente y huraño, aceitunas, hielos y bebidas.
Si Barragán hubiera esperado un par de horas, quizás, solo quizás, se habría desvanecido en mitad de un vómito, dijo el doctor Echezzare alineando el platito de aceitunas con el de los maníes, prácticamente intocado. Eso sí: los gritos se podrían haber escuchado al otro lado de Las Brujas.
Baumeister asintió. Vio al hombre avanzar a los tumbos en el patio, abandonado la cercanía del pozo manantial y el galpón de las vacas, las gallinas batarazas contemplando las eses sobre los yuyos. Sintió la pesadumbre de los miembros y la constatación del inevitable fracaso.
En algún momento de la aceptación de los hechos, dijo el doctor paladeando el coñac, Barragán entró a la casa, abrió la mesa de luz, cargó el revólver, se sentó en la cama y se pegó un tiro. Que estaba sentado en la cama es seguro porque Lestido, o uno de sus milicos, encontró fragmentos de piel y rastros de sangre en la pared y sobre la almohada.

¿Desvió el arma a último momento?, preguntó el funebrero.
Creo que no, dijo el doctor. Por más precisión que nos quieran infundir, los derroteros de las balas siempre son imprecisos, caprichosos. El proyectil debía atravesarle el paladar y alojarse en el cerebro pero, en cambio, se desvió por el maxilar y le arrancó limpita la parte inferior de la oreja.
¿No perdió el conocimiento?
No me consta. Y supongo, además, que esta vez no esperó tanto cuando vio por la ventana, entre la bruma del veneno y la sangre en los ojos, al bayo ensillado.
A Baumeister, hombre esencialmente citadino que, por un cúmulo de circunstancias, había terminado abriendo una humilde empresa de pompas fúnebres en la Tercera Sección, callado y servicial pero alejado de las manías y costumbres de aquella región bárbara, todavía primitiva, y que nunca, jamás, en sus treinta y cinco años de vida, había tenido la oportunidad, ni la necesidad, ni las ganas de subirse a un caballo, le costaba imaginar el avance del suicida por la estancia en penumbras, con una parte importante de la cara desaparecida, con el veneno taladrándole el triperío y con los ojos bañados en llanto, en miedo, en impotencia; le costaba imaginar a Barragán saliendo al patio a los tumbos y avanzando hacia el caballo ensillado, atado bajo el eucaliptus. Las batarazas habían salido de escena tras el disparo por lo que el patio aparecía desierto, mientras en algún punto de la costa, del otro lado del embarcadero de El Portezuelo, en una saliente arenosa donde se da muy bien el bagre patí, el pescador de rostro aindiado descubría que el farol no tenía una gota de kerosén.
El bayo de Barragán es un animal manso, dijo el doctor sumergiendo sus dedos finos y blancos en el plato de maníes para elevarlos con un puñado de pepitas amarronadas y desparejas, recubiertas por minúsculos granos de sal y filamentos de cáscaras de tonalidad violeta. Me cuentan que lo tuvo desde potrillo y que le conocía todas las mañas, así que supongo, no debió extrañarle que su dueño se acercara lamentándose, ni segregando un olor persistente a sangre y a carne y a piel quemada.
En silencio, los dos hombres siguieron con la vista el lento desplazamiento del bolichero a través de la estancia, un movimiento errático y azaroso entre las sillas vacías y desordenadas que terminó, como sucedía cada noche, con Juvencio manipulando la caja de llaves junto a la puerta. Un foco de luz lechosa barrió las penumbras del porche y alcanzó una parte de acera, al otro lado de la calle, donde crecían unos pálidos arbustos enanos.

¿De dónde sacó fuerzas para montar?, preguntó Baumeister.
El doctor Echezzare no respondió de inmediato. Su mirada estaba perdida en el regreso de Juvencio Aldao hacia el mostrador. Acá estamos especulando pero es probable que, por conocerlo desde varias décadas atrás o por deformación profesional, el doctor haya visto en aquel preciso momento, en los hombros caídos del bolichero, en el penoso arrastrar de los pies y en el ligero temblor de las callosas manos, algunos de los indicios que harían que el casi octogenario dueño del bar Encarnación fuera a rezarle al pequeño dios Barragán algunos meses más tarde.
A esa altura de los acontecimientos, la fuerza se la debe haber arrancado al odio, dijo Echezzare. Odio por la vida que se empeñaba en mantenerlo acá abajo, atado a la geografía de la Tercera Sección como lo están los juncos de la costa, los eucaliptus australianos y esos arbustos espantosos que hicieron plantar ahí adelante.
Pasarían algunas semanas, meses tal vez, para que Carlos Baumeister comprendiera y se maravillara ante la sencillez y la eficacia de un lazo trenzado. Bastaba con atravesar el extremo más alejado de aquella rústica lonja de cuero por la argolla para formar una traba corrediza de asombrosa precisión. El lazo con el que se ahorcó Martiniano Barragán iba a estar varios meses colgado en el depósito de la comisaría, juntando polvo y telas de araña, resecándose. Un día, somnoliento y entumecido, harto de esperar que alguien más se muriera para permitirle desplegar su oficio de algodones, sedas y flores, Baumeister cerraría por un rato la oficina y caminaría hacia la comisaría, saludaría con un apretón de manos al comisario Lestido y, luego de hablar del tiempo y de bueyes perdidos, le pediría a aquel rústico representante de la Justicia terrena que le dejara ver el lazo.
Con una mezcla de desconfianza y de resentimiento hacia el extranjero pero sabedor, al mismo tiempo, de que era probable que aquel mustio alemán fuera el encargado de enterrarlo en algún día impreciso del futuro, Lestido accedería a cumplir con la solicitud del funebrero.
Mientras Baumeister contemplaba el lazo reseco, el comisario lo instruyó. Es de cuero de potro y de ocho tientos y, como verá, la vuelta es redonda. Le está haciendo falta una buena mano de grasa, dijo ahogando un bostezo.
Aullando de dolor por la porción de rostro que le faltaba y por el lento accionar del veneno en los intestinos, Martiriano Barragán había montado con dificultad al bayo, desenrollando el lazo trenzado mientras dirigía al animal para ubicarlo

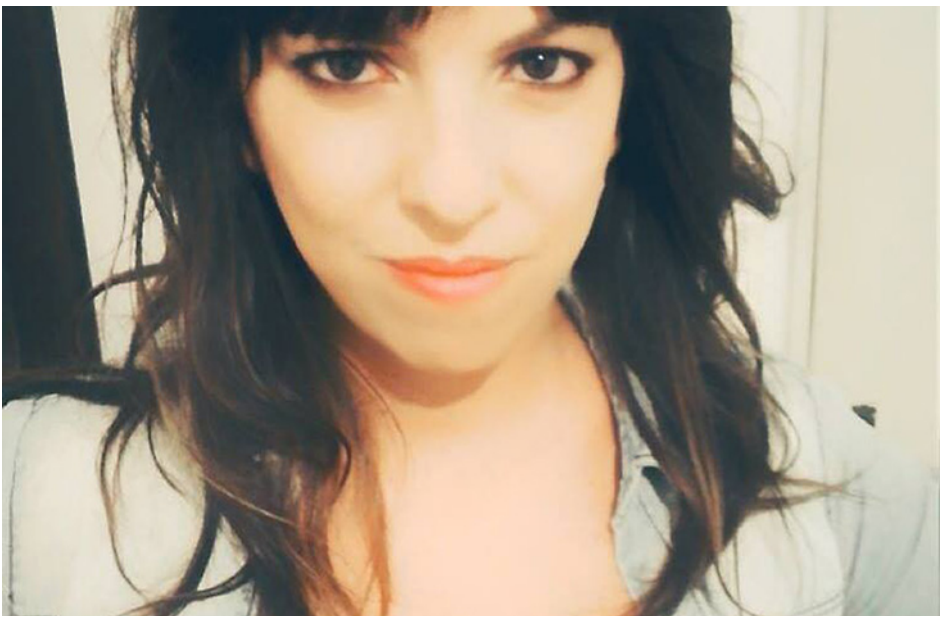
bajo el eucaliptus. La confección de la horca le costó unos cuantos intentos de tiros al aire y falsos nudos hasta que, con la última sonrisa que se permitiría en vida, comprobó que esta vez no iba a fallar. Luego taloneó con fuerza al caballo que emprendió el trote por el patio dejando al hombre pataleando en el vacío, comprendiendo que al final la Muerte lo había alcanzado, ahogándose por un par de segundos o de minutos eternos que dejaron lugar al tenue balanceo que anunciaba la calma.

Si no estuviéramos tan apartados del centro del universo, en esta periferia desolada que nos legaron los inmigrantes, los cartógrafos y los funcionarios de turno, el caso de Barragán debería estar en todas las secciones de sucesos extraordinarios de los grandes diarios internacionales, dijo el doctor Echezzare liquidando el coñac.

El funebrero Carlos Baumeister apuró el último trago y asintió. Más allá de las penumbras que el ventanal del bar Encarnación encuadraban, más allá de la plaza, de su propia oficina, de los confusos límites del pueblo, de los campos del Inglés, de las resecas cañadas, los juncales, las costas del río Santa Lucía y las minúsculas islas que las corrientes y las bajantes sepultaban y volvían a descubrir, más allá de aquel ínfimo universo conocido por el que deambulábamos como ratones asustados, un cono de sombra pertinente y tenaz, formado por el dolor y por el miedo de todos nosotros, pequeñas criaturas ciegas y rastreras, avanzaba como un ciclón a campo traviesa, vivo y palpitante, devorándolo todo a su paso.

Martín Bentancor

Carolina Bello



Carolina Bello (Montevideo, 1983) es Técnico en Comunicación Social, con un postgrado en crítica de arte. Culminó sus estudios curriculares en Licenciatura en Letras en la Facultad de Humanidades, donde se desempeñó dos años como asistente de la cátedra de Teoría Literaria I. Como periodista se ha desempeñado en radio y prensa. Es autora de los libros de cuentos *Escrito en la ventanilla* (Irrupciones Grupo Editor, 2011); *Saturnino* (Editorial Trópico Sur, 2013) y coautora de la antologías de cuentos *22 Mujeres* (Irrupciones, 2012), *Fóbal* (Estuario, 2013) y *Negro* (Estuario, 2016). Ese año uno de sus cuentos fue publicado en Cuba en la *Antología de narrativa joven uruguaya* y varios de sus relatos fueron publicados en el *journal* norteamericano *Hispamérica*. Es columnista en la revista de crónica periodística *Quiroga* y colabora en el periódico *La diaria*. En 2016 ganó el Premio Gutenberg de Literatura que otorga la Unión Europea con su libro *Urquiza*. Actualmente dicta un curso de periodismo y narración en la Facultad de Comunicación de Udelar. Publica varios de sus textos en:
http://porlanochecallada.blogspot.com.uy/

Un trámite

Lo único que vio Esteban apenas entró fueron las piernas del Menta en el piso con la punta de los pies hacia arriba, temblando como bagres cantores desparramados en la cubierta. La cintura, el tronco, los brazos y la cabeza permanecían ocultos debajo de la vieja camioneta Ford que esa mañana le había encomendado Floriano. Parece que perdía aceite, y si bien este no era un problema del todo importante porque arrancar, arrancaba, la sustancia dejaba una estela por todos aquellos caminos, parajes o rutas por donde transitaba y Floriano, respetado en el oficio de la huida, tenía claro que dejar pistas no era una opción para gente como él.

Esteban trató de no interrumpir, así que se movió despacio, como pisando algodón entre las herramientas desperdigadas en el piso de hormigón mugriento. Se abrió camino pateando hacia los costados elementos menores como tornillos y arandelas y se sentó a esperar en una silla desvencijada ubicada al lado del escritorio, destinado a los papeleos del negocio. Esperó poco, el aburrimiento de la media tarde en Estrázulas se había filtrado por los agujeros oxidados del portón del taller, alcanzándolo, como un perseguidor que se hace invisible antes de avisar en el oído de su presa que ya es tarde para seguir corriendo. Así que Esteban se paró otra vez, bajó hasta la fosa, con cautela, como si la distancia que separaba el primer escalón del último le prometiera un tesoro al final. Una vez abajo miró desde ahí, la visión recortada por un tajo en el terreno no era muy auspiciosa. El techo del taller se caía a pedazos también. Deslizó un dedo contra los azulejos de la fosa y se le hundió la yema en la capa de grasa que revestía la pared. "Menta, la concha de tu madre", raspó con una tuerca que encontró tirada al lado de su pie. Cuando emergió, las piernas del Menta habían desaparecido de su campo visual. La vieja Ford seguía ahí.

—¿Qué hacías ahí abajo, pelotudo? Menos mal que no te tiré la chata arriba. Con el aceite que está perdiendo te hubieses ahogado.

—¿Todo bien, Menta?

—Y acá... laburándole a Floriano, viste que a mí me gusta estar bien con dios y con el diablo.

—¿Anda en alguna el Floriano o está tranquilo?

—Con el viejo nunca se sabe, ¿viste? —¿Y tenés para mucho?
—No, bue, más o menos, le prometí que además del aceite le revisaba los frenos y ya que estoy le voy a presupuestar un chapa y pintura, a ver si se la puedo dejar pipí cucú.
—Che, ¿te enteraste de quién viene, no?
—No. ¿Quién? ¿Adónde?
—¡Acá, Menta! ¡Cómo no te enteraste! ¡Si ta' todo el mundo hablando de eso!
—Contá, pibe, contá.
—El mismísimo Scalabrini,
—No me jodas, dale, ¿Bautista Scalabrini?
—¡Verdad! Viene con el cuadro de él, viste que después del pase empezó a andar como en los mejores tiempos. Es un ídolo de vuelta el hijo de puta. Los de Aspirantes se deben querer pegar un tiro en los huevos, que lo echaron como un perro. Aparte nunca lo valoraron, lo tenían de diez, y el tipo ta' pa' jugar al lado de los palos y hacer goles. Cuando naciste pa' esa, naciste pa' esa, nada de hacer pruebas del área para atrás.
—¿Y viene solo?
—¡No te digo que viene con el cuadro! Van a jugar un amistoso con los mierdas estos del Deportivo Río Grande.
—¡Tenemos que sacar la entrada, pibe, que se van a agotar! ¿Vos sabés lo que es tenerlo a Scalabrini acá en Estrázulas? Tendrían que decretar feriado.
—Bueno, bueno, Menta. De eso te quería hablar. Tengo una cosita para ofrecerte. Estuve pensando en algo.
Bautista Scalabrini tenía siete años cuando su padre le vio la veta. En la familia, conformada por padre, madre y cuatro hermanos, dos mujeres y dos varones, el fútbol no había sido tema de conversación hasta que Atilio Scalabrini descubrió el potencial de su hijo menor. El pequeño Bautista era un niño reservado, había que obligarlo a casi todo: comer, dormir la siesta, portarse bien, menos a dominar cualquier objeto que tuviera forma esférica y que fuera lo suficientemente liviano como para rebotar una y otra vez en un empeine.
Don Atilio no paraba de asombrarse frente a la destreza del pequeño Bautista. Así que un día le planteó el panorama, poniéndolo al tanto de cómo estaba conformada la grilla de la primera división. Bautista nunca había mirado un partido de fútbol, así que lo de la pelota le venía solo, innato como quien dice. "Si vas a ser de un cuadro, que sea de un grande" le habría dicho su padre, así que Bau-

tista eligió, por simpatía de colores, al Atlético Aspirantes. Ya cumplidos sus 8 años Bautista era un asiduo espectador en cancha, siempre en compañía de su padre, que tenía la religiosa paciencia de llevarlo a cada partido que disputara Aspirantes fuese de campeonato o un amistoso de ocasión.

En la escuela había aprendido tan bien el arte de la simulación, que cuando la maestra dictaba algún deber presencial, su gesto de concentración ahuyentaba de su pupitre cualquier autoridad fiscalizadora de conocimiento. Mientras sus compañeros trataban de resolver problemas matemáticos, apuntados con la furia de la tiza en el pizarrón, Bautista trasladaba su sapiencia a esquemas tácticos de juego que trazaba meticulosamente en el cuaderno forrado de amarillo.

Con solo 11 años, Bautista tenía claro que el fútbol no era únicamente un deporte de contacto, sino un diagrama de defensa y ataque perfectamente delineado, en el que cada ley tenía su debida razón de ser. No entendía muy bien por qué los jugadores de fútbol no demostraban, por lo general, transmitir inteligencia y suspicacia. Porque la destreza, según su primaria concepción, tenía que tener base en el único sinónimo de inteligencia para él: la astucia. En el patio del recreo era la atracción. Atrás quedaron las escondidas, la mancha, los intercambios de figuritas o la arrimadita. Bautista arrugaba hojas de cuaderno y las forraba con cinta adhesiva. Luego se paraba en el medio del patio y levantaba las apuestas: "¿a qué no se me cae en todo el recreo?" El pozo de apuestas se iba llenando con alfajores de maicena, chicles y caramelos. Bautista soltaba la pelota de papel sobre su pie derecho y esta, como si fuese una marioneta con hilos invisibles, pasaba con suavidad a su pie izquierdo, luego a su rodilla derecha, luego a la izquierda, otra vez al empeine y, cuando él consideraba o cuando sonaba el timbre, remataba el espectáculo haciendo un toque de cabeza que mandaba la pelota al tacho de basura más cercano. Las maestras, desconcertadas, salían de los salones a ver de qué se trataba el alboroto y lo único que con frecuencia alcanzaban a ver era al pequeño Bautista Scalabrini, quien recogía del pozo las meriendas que se había ganado en forma legítima.

Fue una de esas tardes a la salida de la escuela cuando vio que su padre lo esperaba junto a un hombre, desconocido y bien vestido. Se llamaba Héctor Padua, soldador de profesión y representante por oficio. Atilio le comunicó a Bautista que el señor Héctor se había enterado de sus habilidades y quería probarlo en una agrupación de baby fútbol. No había vuelta. Bautista Scalabrini se convertía en atracción en todos los partidos. Y los padres aficionados al equipo para el

que había empezado a jugar, fieles al grito y al alambrado, lo vitoreaban como a una estrella cada vez que convertía un gol. Atilio se llenaba el pecho y la boca de orgullo, porque además el pibe era inteligente y no le había abandonado el liceo. Iba a llegar lejos.

Héctor Padua se tomó su trabajo en serio. Se había consustanciado tanto con la causa Bautista Scalabrini que atrás quedaron los mezquinos objetivos financieros de recaudación; Padua de verdad creía que el pibe Scalabrini merecía dejar su huella en las canchas de este mundo. Así que se puso su mejor gala de representante. Sobrio, camisa blanca —prendida hasta el penúltimo botón—, saco y pantalón negro, destinó la tarde de aquel 22 de noviembre a visitar los clubes más grandes de la ciudad, previa cita con los respectivos gerentes deportivos. Cacho Fagúndez, encargado de reclutar jugadores en los doble A, como les llamaban los aficionados al Atlético Aspirantes, fue directo al grano: "¿Cuánto pide por el pibe?" La suma que ofreció Padua, arrimada con elegancia en un papel sobre la mesa del cuarto repleto de banderines y plaquetas, ni siquiera fue cuestionada por Fagúndez. "Usted tráigamelo mañana, que lo quiero ver en el pasto a ver qué hace". "Andamos precisando un diez, que nos arme un poquito el ataque, ¿vio?".

A Padua, que ya había advertido que la suma propuesta iba a ser aceptada por el club, no se le ocurrió expresar su pensamiento que básicamente era "el pibe es neto" y se autoconvenció, apoyado en la habilidad que Bautista había demostrado tener. "Generar jugadas no puede ser tan difícil para él". Fagúndez y Padua se estrecharon las manos y acordaron que al otro día Bautista sería probado en la práctica de la mañana.

—Pero yo soy nueve, Héctor, no seas malo. Me matás en esa posición.

—Pibe, vamos de a poco. Es un club grande, ¿viste?, es tu cuadro. Ni me cuestionaron la cifra que les di. Pensá en tu familia, los parás pa toda la zafra con esto.

—Sí, pero, Héctor...

—Vos mañana vas, te lucís. Hacés lo que sabés hacer y listo. No vayas agrandado, mirá que los que juegan ahí no se cocinan en el primer hervor, no les va a gustar mucho que entre uno a pizarrear.

La parcialidad de Aspirantes pronto le hizo un lugar en la repisa de jugadores queridos que, aun en el purgatorio de la consagración, esperan pacientes su posición de ídolos. Bautista entró con bajo perfil y en la pretemporada se ganó

el respeto de todos los compañeros, incluso del técnico, que tenía fama de hinchapelotas y cara de pocos amigos. Sin embargo lo confinaron al banco en los cuatro primeros partidos del campeonato. En el quinto tuvo su oportunidad. Panchito Varela se lesionó en el minuto 21 del primer tiempo, así que el director técnico le hizo señas a Bautista, quien, carné en mano y sin calentar, esperó la salida de su compañero al ras de la línea. Entró con la número ocho y, si bien su habilidad de delantero neto lo inclinaba más a la astucia de esperar la pelota y convertir, esta posición demandaba no tanto su habilidad física, sino la capacidad de la observación táctica que tanto lo caracterizaba. Si había que crear situaciones, él lo intentaría, porque tenía el don de adivinar literalmente las jugadas. Como el fútbol es un deporte de posiciones asignadas, las combinaciones de jugadas no se multiplican al infinito y eso Bautista lo tenía claro desde la niñez, desde sus apuntes en el cuaderno amarillo. Así que ni bien recibió una pelota en el área rival se desmarcó una, dos y hasta tres veces, como si conociese el camino de memoria y colocó la pelota en una trayectoria perfecta sobre la cabeza del jugador que, a continuación, marcaría el gol de la victoria de Aspirantes. A partir de ese momento Bautista tendría que aceptar su nuevo destino: con suerte su nombre aparecería en los suplementos, porque si bien se convirtió en un generador sistemático de jugadas peligrosas, los que quedan en la historia son los que hacen los goles y él no estaba jugando para la historia.

Aspirantes lo fichó siendo tan joven que hizo carrera en el club. Así que un día se sintió con la potestad de empezar a imponer sus condiciones. Le pidió al técnico que le diera la oportunidad jugando de nueve, "probame" le dijo, "soy un francotirador, vas a ver". Pero para ese entonces su posición de diez se había consolidado tanto que sacarlo de ahí era un riesgo. El DT no dudaba de que fuera un jugador completo, que podría cubrir dignamente cualquiera de las dos posiciones, pero lo cierto era que Bautista Scalabrini no tenía sustituto en la formación del cuadro. En esa posición había empezado, y en esa posición se iba a quedar. "Pero yo quiero hacer goles, mis propios goles", le habría increpado al DT antes de dar la batalla perdida. "Los hacés Bautista, a tu manera, los hacés."

Luego de esa conversación Bautista no volvió a ser el mismo en la cancha. Con impotencia, se la agarró con la otra parte de su dupla y dejó de hacerle pases de gol. Retenía la pelota a propósito, para que su compañero tuviera que retroceder a pelearla, en un cuerpo a cuerpo que desestabilizaba por completo sus posibilidades de remate. Bautista se confió: descompensar el equilibrio en el ataque po-

dría lograr una variante en su posición. Pero el negocio poco sabe de ilusiones, así que Bautista Scalabrini terminó su contrato en Aspirantes en el destierro del banco de suplentes sabiendo que la tribuna grita tu nombre, hasta que deja de hacerlo porque los puntos en la tabla no tienen tiempo de ponerse a extrañar.

—Vos lo que tendrías que hacer es convencer a Floriano de que vas a demorar un poco más en entregarle la camioneta, no sé, decile que no era solo el aceite, que tiene de todo un poco.

—¿Y qué gano yo con todo esto pibe?

—¡La mitad! ¿A vos qué te parece? Yo creo que, si lo hacemos bien, sale. Hay que ajustar un par de cosas nomás.

—¿Y si lo incluimos a Floriano? El viejo nos podría ayudar... yo lo quiero tener de amigo a ese, no sé... si se entera de que le agarré la chata para esto y no lo participé, andá a buscarme a algún bañado después.

—¡No seas exagerado! El viejo no tiene por qué enterarse. Porque si le decimos ya no es miti miti. Vos sabés que este es un tigre y ni en pedo es mitad pa' vos mitá' pa' mí. Ya nos hablaría de porcentajes y la verdad, no se me canta. La idea es mía, y es buena si todo sale bien.

—Bue, ¿y cómo sería la cosa en concreto?

—La cosa es así. El partido empieza las cuatro de la tarde, o sea que en los primeros 45 minutos tenemos que haber llegado al lugar, hacer lo que tenemos que hacer y por lo pronto, dejarlo ahí, como si nada hubiese pasado en los diez minutos del entretiempo. No digo que la gente vaya a salir del estadio, pero viste cómo es, en el entretiempo la gente aprovecha para sacar los ojos de la cancha, qué se yo. Más vale no dar facilidades.

—¿Y cuando empieza el segundo tiempo qué hacemos?

—Ni bien arranque lo agarramos, mirá que pesa el hijo de puta, no calculé todavía, pero es peor que un muerto seguro. Para eso vamos a llevar el tablón, ¿me entendés? Porque si se nos complica lo hacemos rodar como por un tobogán.

—¿Y por qué tiene que ser Lavalleja y no Artigas?

—Vos jugá conmigo, Menta. Primero: Lavalleja está más lejos del estadio, eso nos da un changüí por si nos atrasamos, y además, ¿vos te acordás de aquel primo mío que trabajaba de repujador? Bue, fue él mismo quien me contó que Lavalleja es macizo, no está bañado, y además lo colocaron a lo bandido, sin afirmar. Lo que pasa es que, como es tan pesado, es garantía de que no se mueve ni con un temporal, ¿me entendés? Además no se oxidó, Artigas, sí.

Después se lo entregamos al brasuca, la guita al taca taca y misión cumplida.
—¿Y pa qué mierda el brasuca quiere a Lavalleja?
—Ni puta idea, Menta. Te imaginarás que no lo anduve cuestionando. Vos pensalo, pero mientras pensás, andá dejando la camioneta en condiciones. La sacamos dos horitas del taller y la devolvemos como si nada hubiera pasado.
Estrázulas era una fiesta esa mañana. No había boca que, sobre las once, no hubiese pronunciado ya las palabras Bautista Scalabrini. Los comercios habían dispuesto en las vidrieras su horario para ese día. Entre las cuatro y las seis no abría ni el loro. Había corrido el rumor de que hasta los del Deportivo Río Grande estaban ansiosos por la llegada del ídolo porque, después de todo, existe esa clase de jugadores que pueden sortear, a fuerza de carisma, las imposiciones simbólicas de la camiseta que defienden. Aun así, los defensas del Deportivo tenían clara la misión que su institución les había encomendado. La gente hacía la fila en el estadio, tranquila, pero inquieta.
Alrededor, los puestos de refrescos, panchos, café y garrapiñada, estaban desde temprano estratégicamente ubicados. Parece que incluso se había armado cocoa con el del algodón de azúcar, porque el tipo se apostó en el predio reservado para los de las camisetas y banderines. Ocurrió todo lo que puede suceder en un evento como este: el arribo del Saverio Fútbol Club y la caravana desde la terminal, la multitud de Estrázulas entregada al delirio de saber que alguien con estampa de ídolo se había acordado del pueblo y estaba ahí para hacérselo saber a fuerza de hechos. Esteban y el Menta, que para las dos de la tarde ya habían repasado el plan al menos siete veces, se concedieron la licencia de ir al camino a verlo pasar y, cuando por fin pasó, saludando desde la ventanilla del ómnibus, la mano estirada que acariciaba el aire, Esteban y el Menta se dieron por satisfechos y regresaron al taller, abriéndose paso, a contramano, entre todos aquellos que apuraban el ritmo hacia el estadio.
No cabía un alma, y quizás pocos intuyeron lo que pasaría en el minuto 29 del primer tiempo. Contra cualquier previsión localista, el Deportivo Río Grande fue el primero en salir a la cancha, y eso solo pudo interpretarse como un gesto de respeto y homenaje hacia el equipo visitante. Cuando por fin comenzaron a emerger del túnel los jugadores del Saverio, yendo contra todas las especulaciones, el público se quedó en silencio, las caras de los parciales en la tribuna no demostraban un delirio festivo, sino más bien muecas de un modesto asombro, como si aún no pudiesen creer que en ese momento Bautista Scalabrini estaba

pisando el pasto del estadio de Estrázulas. Es de suponer que el silencio duró fragmentos de segundos, pues cuando el nueve levantó los brazos y agitó las manos al mirar a cada tribuna sin dejar pagando a ninguna, el estadio se vino abajo entre gritos, aplausos y abrazos desmesurados.

Como si fuese cosa de Mandinga, la vieja Ford corcoveó al encender, pero al segundo intento arrancó. Salieron del taller, el recorrido perfectamente trazado en la cabeza del Menta, que para ese entonces tenía completamente asumido su rol. Todas las persianas estaban bajas, a media asta, como en un día de duelo.

—¿Tas seguro de que el viejo Floriano está en el estadio, no?

—Tranquilo, Menta, está. Vos jugá conmigo —le dijo, mientras corroboraba la aridez de cada esquina.

El camino hasta la plaza era lo suficientemente corto como para que se mantuvieran en silencio, mirando hacia adelante, pero atendiendo también al panorama de las ventanillas. Debían asegurase de que no hubiese testigos que los vieran pasar, porque se sabe que en Estrázulas, a la hora de las declaraciones, todo el mundo canta con tal de salvarse el culo.

Desde la plaza podía escucharse el zumbido del estadio, bajito, pero sostenido, como si se tratase de un enjambre. Entraron dando marcha atrás por el lateral improvisado para las sillas de ruedas, ya que por ese lado no había ningún tipo elemento que obstaculizara el andar de las ruedas. El Menta maniobró y dejó la caja de la camioneta pegada al monumento: una columna cuadrada de granito. Dejaron el motor prendido, que si bien hacía un poco de ruido que los ponía en riesgo, era una posibilidad más certera que intentar arrancarlo después. La caja de la Ford había sido recubierta por un viejo colchón de resortes de dos plazas y por todas las almohadas que habían encontrado. Esteban agarró la cuerda, ató un extremo a las rejas que cubrían la ventana trasera de la cabina, le enroscó a Lavalleja el otro extremo e hizo el último nudo. El Menta, nervioso, fiscalizaba los alrededores.

—Dale, Menta, subite y arrancá que yo lo empujo.

—Guarda que no se caiga el piso cuando arranque.

—No creo, la cuerda está tirante —Esteban se concedió segundos para la explicación—. Si la hubiéramos atado en el paragolpes, todavía, porque tiene margen pa caerse al piso, pero de esta manera me juego que no. Las leyes de la física.

El Menta apretó el acelerador y soltó el embriague, despacito. Esteban le dijo "ahora", mientras con todas sus fuerzas empujaba al monumento que, si bien

era pesado, se deslizó de acuerdo a lo previsto por el plan. El Menta hundió el acelerador, el busto se movió bruscamente y Esteban, que estaba empujando, se dio la cara contra el filo de la columna de granito. Cuando levantó la cabeza, primero se tocó la nariz y constató que se había hecho un tajo profundo, luego fue corriendo hasta la camioneta.

—Arrancá, Menta. Vámonos —le dijo mientras golpeaba la chapa de la puerta al viejo estilo.

—Pero la puta madre, ¡te hiciste mierda la jeta! ¡Le vamo' a dejar toda la sangre en el tapizado a Floriano!

—¡Arrancá, Menta, la concha de tu madre! Salí a la ruta que el brasuca nos está esperando y ya debe estar por terminar el primer tiempo.

A los defensas del Deportivo se les había encomendado partirlo. Parece que en otros tiempos los directivos del Club habían tenido un lío grande con Aspirantes y la venganza, a veces, es un plato que se come como venga. Un partido amistoso, que tenía que ser una fiesta, se caldeó a los pocos minutos. Cada vez que Bautista Scalabrini estaba en el área esperando la pelota, allí estaban los defensas que, por la magnitud de las patadas que se les había encomendado pegar, tendrían pocas chances antes de la roja. Así que se lo llevaron puesto. Scalabrini no tardó en darse cuenta de la cacería que se estaba llevando a cabo en su contra y sus compañeros de equipo, ya enfurecidos, habían comenzado su lucha personal con cada antagonista en su posición de juego. Los cuerpo a cuerpo en la mitad de la cancha eran embestidas de patadas, insultos y escupitajos.

El estadio se había convertido en una olla de desconcierto que liberaba presión cada vez que el juego era detenido por el silbato. Fue en el minuto 29 del primer tiempo. Scalabrini recibe un pase perfecto, que para con el pecho, de espalda a los flashes detrás de la red. Gira en su eje y baja la pelota como si fuera a ganar una apuesta en el patio de la escuela, suave y confiado. Se acomoda de cara al arco para rematar con su mejor perfil sin advertir que David Morel, defensa del Deportivo, se lo llevaba puesto por detrás con la furia de su pierna derecha estirada y en lo alto, como en un póster de Bruce Lee. Scalabrini, tirado en el área, con la cara en el pasto, se fue incorporando lentamente, comprobando la existencia de cada articulación.

Las caras se habían difuminado, él estaba aturdido. Empezó a caminar, despacio, hacia el círculo central. Tanto sus compañeros, como los jugadores del Deportivo, se iban abriendo como en un cortejo a medida que Scalabrini daba

un paso hacia adelante. Todos los jugadores, incluso los parciales, pensaron que iba directo a Morel pero al pasar a su lado ni siquiera levantó la cabeza para mirarlo. Solo lo despreció, indiferente. Scalabrini acortó la cancha en una diagonal hacia el lateral de los bancos y al llegar a la línea, se detuvo solo para quitarse los botines y luego siguió caminando, desdibujándose a cada paso, más allá del estadio, como una sombra.

—Espero que esté el brasuca este. Más le vale que esté.

—Si te dijo que va a estar, va estar. Ahora no me la compliques.

Faltaban unos pocos kilómetros para llegar al paraje donde los esperaba el brasilero. El silencio de la carretera solo era recortado por el sonido del motor de la Ford. El Menta, encorvado hacia el parabrisas, miraba fijo hacia adelante, aferrado a la dirección con las dos manos.

—La concha de la lora, pibe, ¡hay un tipo caminando en la banquina!

—No, no puede ser. Esteban, que se cubría la cara sosteniendo un pañuelo para que la sangre no goteara, entornó los ojos.

La silueta del pequeño hombre se agrandaba segundo a segundo. Estaba descalzo, pero tenía medias hasta las rodillas.

—Tiene un nueve, Menta, ¡un nueve en la espalda!

El Menta tragó saliva y al pasar a su lado y adelantarlo, clavó el freno.

—¿Qué hacés? ¡Arrancá! —inquirió Esteban. Pero al Menta lo había ganado la emoción. Arrimó la vieja Ford a la banquina y se puso a esperar que pase el ídolo con la ingenuidad de aquellos que no tienen delito. Unos metros antes de la camioneta el jugador se detuvo y se inclinó, con las manos sobre las rodillas, parecía estar recuperando el aire. El Menta abrió la puerta de la Ford y sus suelas tomaron contacto con el asfalto hirviendo de la carretera que, a esa hora, seguía formando espejismos. Caminó hacia él con prudencia, como quien se acerca a un animal de caza mal herido.

—Amigo, ¿precisa que lo arrimemo' a algún lado?

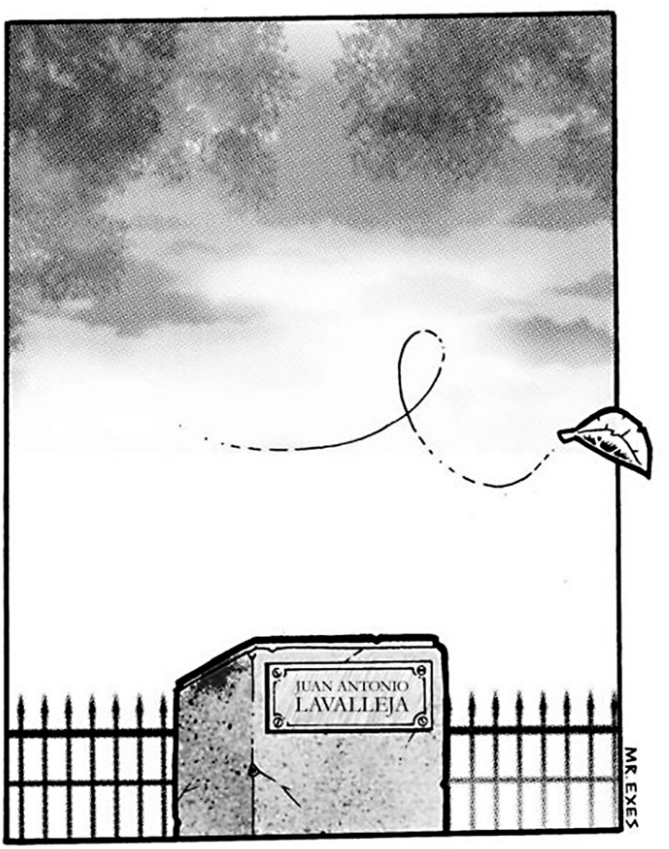
Poco después, y ante la cara de asombro de Esteban, que ya no sabía si ponerse a llorar o no, Bautista Scalabrini pegaba un saltito para subirse a la caja de la Ford. Tenía las marcas de los tapones de Morel atrás de la rodilla derecha y las medias estaban llenas de mugre, de abrojos, de desilusión.

—¿Vos estás loco o qué mierda te pasa? —le increpó Esteban a su compañero ni bien agarró el volante.

—Tranquilo, pibe. Hacemo' el trámite y lo dejamo' en el hotel.

Sobre el colchón de resortes en el que ahora también iba sentado el ídolo, el sol caía oblicuo en la nariz de Lavalleja y destellaba sobre las terminaciones en bronce de sus patillas.
Scalabrini declaró que nunca más volvería a Estrázulas. Jamás comentó su encuentro con Esteban, el Menta y el brasilero, a quien incluso le habría firmado un autógrafo.

CAROLINA BELLO



Martín Avdolov

Martín Avdolov nace en Montevideo, Uruguay, el 5 de febrero de 1976.
Su trabajo como comunicador, publicista, guionista y escritor se fue entremezclando con el tiempo generando una vasta experiencia en contenidos creativos.
Inquieto por naturaleza, con una curiosidad infinita y pasión por la vida, busca generar un impacto positivo en las personas a través de acciones que generen mejores procesos y productos creativos.

NOVELAS PUBLICADAS

2014: *Violeta Corazón.*
2015: *Camba.*
2017: *El Corazón Creativo.*

CONCURSOS

1999: Mención en “A palabra limpia”. Concurso de Literatura joven.
2000: Primer Premio y dos menciones en “A palabra limpia”. Concurso de Literatura joven (jurado compuesto por Tomás de Mattos, Marosa Di Giorgio y María Esther Burgueño).
2001: Mención en “A palabra limpia”. Concurso de Literatura joven.
2008: Cuento publicado en *Esto no es una antología*, libro donde se exponen nuevos talentos literarios uruguayos.

La fantástica vida del muerto de Villa Moon

Nota del autor: Este cuento lo escribí a principios de la primera década del nuevo milenio y lo corregí a mediados del año 2017.
Jamás fue publicado hasta ahora. Lo seleccioné porque está lejos, muy lejos de mi producción literaria actual. Sin embargo forma parte de mi esencia. En él están depositadas varias de las inquietudes que me acompañan desde adolescente.
Espero que lo disfruten tanto como yo lo hice al escribirlo tiempo atrás y corregirlo recientemente.

Tenía los ojos cerrados. Sellados como dos viejas cartas a punto de ser enviadas por correo. El silencio era casi absoluto, a no ser por una vieja y persistente gotera que marcaba el tiempo como si fuera la cadente respiración del destino. La oscuridad sí, era total.
Así pasó todo, hasta que de la puerta se hizo la luz.
—¡Qué es la muerte sino el fin de lo real y el principio de lo fantástico! —Dijo el filósofo Milos Le Moon.
Lord Vittel, hombre de cautivante belleza, murió en extrañas circunstancias. Muchos creen que fue envenenado por su esposa, Lady Margarita.
—Supongo que ella jamás aceptó mi comportamiento y, víctima de una histeria descontrolada, sucumbió ante el crimen como medida conciliatoria de su poca autoestima —Reflexionó en voz alta el invitado.
—Si fue su esposa, lo cual me parece bastante lógico, teniendo en cuenta la vergüenza que le ha hecho pasar con sus frecuentes engaños, no fue durante un ataque de histeria, sino algo fríamente calculado. De haber sido presa de un ataque de histeria jamás le habría envenenado, mi Lord, en su lugar lo habría acuchillado tantas veces que el té que ahora bebe le saldría por su estómago como si fuera un colador.

—¿Dónde estamos?
—En Villa Moon.
—¿Y dónde está Villa Moon. ¿Estamos en la Tierra?
—¿A qué se debe esta pregunta? Pensé que hablábamos de su muerte. ¿Le gustaría ver a su viuda?
—En realidad preferiría ver a mi madre. Usted debe saberlo, la perdí cuando era un niño…
—Quizás ese sea el origen de su comportamiento tan deshonrado. ¿Jamás lo pensó? Buscar en otras mujeres el cariño materno que por circunstancias divinas le fue negado.
—¿Cree que haya un plan detrás de todo esto?
Una repentina ventisca abrió la ventana y, entre el bailoteo de las cortinas, Lord Vittel divisó su casa. Enseguida distinguió el cuarto donde rara vez compartía la noche con la que fue su esposa.
En la cama, Lady Margarita besaba con pasión a otro hombre.
—¡No puede ser! —Exclamo Lord Vittel.
—¡No puedo creer que jamás haya pensado que ella también lo engañaba! —Se mostró sorprendido Milos Le Moon.
Una última ráfaga de viento cerró la ventana.
—Me gustaría ver un poco más.
—Tenemos otras cosas que hacer. —Sentenció Milos Le Moon, algo inquieto por el arrebato de picardía de su huésped —¿Le gustaría una partida de ajedrez?
—¿Si esto es la muerte significa que voy a tener que pasar la eternidad junto a usted? —Preguntó bastante preocupado.
Sin embargo no obtuvo respuesta alguna. Su anfitrión había desaparecido.
En el centro de la mesa, en un tablero de ajedrez de repentina aparición, lo amenazaba un peón blanco. Más precisamente el peón que cubre a la reina. El mismo había avanzado dos casillas. Las otras fichas conversaban muy bajo entre sí. Un suave murmullo, casi tan imperceptible como el zumbido de un mosquito en pleno día.
Mientras tanto, las fichas negras permanecían inmóviles.
Lord Vittel estaba preocupado. Fue hasta la ventana. Intentó abrirla pero el esfuerzo fue inútil.
Al rato apareció una vez más su anfitrión, vestido como un jeque árabe. Un largo turbante le cubría la cabeza. La túnica estaba adornada con decenas de collares de oro.

—Disculpe la demora pero he tenido que ir a sacrificar una oveja —Dijo Milos Le Moon.
—Oh, lo lamento.
—No lo lamente. Era una oveja descarriada.
—¿En verdad estoy muerto? —Preguntó.
—Tan muerto como Sócrates. ¿Le gustaría conocerlo?
—Preferiría conocer a otros personajes históricos. Alguien como Napoleón, un gran estratega, o como Don Juan de Marco, un gran amante. Si es que no se ofende debo confesarme y decirle que los filósofos me parecen seres por demás aburridos. Viven meditando sobre la vida en lugar de vivirla. En pocas palabras viven para no vivir. ¿No sé si me entiende?
—Por supuesto que lo entiendo. Como filósofo debo decirle que no es tarea fácil entregarse al mundo de las ideas. ¡Imagínese mi situación ahora que conozco todas las respuestas que he buscado durante toda la vida!
—A eso mismo me refiero. ¿Para qué vivir en busca de las respuestas que según me acaba de insinuar son reveladas en el momento de la muerte?
Milos Le Moon volvió a desaparecer. En el tablero de ajedrez, el caballo negro se había movido hacia atrás, quedando así fuera de sitio.
Lord Vittel comenzó a inquietarse. Extrañaba darse un baño y saborear una buena comida.
Casi sin darse cuenta Milos Le Moon cambió su ropa por la de un vikingo. Junto a él estaba un anciano desnutrido disfrazado con un tutú rosa y nariz de payaso.
—Mi estimado Lord Vittel le presento al excelentísimo Profesor Franco Plantón.
—Si usted está allá y yo estoy aquí, significa que estamos en lugares distintos. Algo demasiado extraño si tenemos en cuenta que estamos los dos en el mismo lugar. ¿No le parece? —Dijo el Profesor y enseguida dio un perfecto giro de 360 grados como si fuera una brillante bailarina.
—¡No es grandioso! —Exclamó Milos Le Moon. —Me encanta escucharlo. —Agregó.
—Veamos, usted es, en comparación a mí, alto. Sin embargo para un gigante usted es bajo. ¿No lo ve? Es demasiado claro —Dijo y dio otro perfecto giro de 360 grados.
—No lo entiendo —Dijo Lord Vittel.
—Aquí, allá, aquí, allá, aquí, allá… —Repetía mientras daba giros completos

—Alto, bajo, alto, bajo, alto… nada es hasta que es, y todo es… hasta que deja de serlo. Mi nombre es Franco Plantón, Profesor de los desafortunados defectos del hombre, especializado en conflictos de la percepción. Veamos, aquí tengo su historia clínica. Ejem…. Usted engañó a su señora esposa en más de cuatrocientas ocasiones, más precisamente en cuatrocientas treinta y ocho.
—Jamás llevé la cuenta.
—Yo tampoco —Agregó Milos Le Moon— Y eso que, a través de todos estos años, hemos seguido su caso muy de cerca. Debo decirle que su técnica amatoria es muy convincente. Hemos aprendido mucho de usted.
—¿Qué significa eso? ¿Acaso han estado observándome durante toda mi vida? ¿Dónde estoy? ¿Esto es el cielo o el infierno?
Franco Plantón fue hasta donde se encontraba el sofá y se dejo caer. Enseguida sacó una lapicera Parker dorada y se dispuso a hacer algunas anotaciones en una carpeta.
—Me gustaría comenzar con su prima —Dijo.
—¿Cuál de ellas? —Preguntó Lord Vittel.
—Veamos… Rosa, no… Diana tampoco… ¿qué hay de Amanda? —Sugirió Plantón.
—No con Amanda por favor. ¡Sabes bien lo que sentía por ella! Preferiría comenzar con Gertrudis —Dijo algo perturbado Milos Le Moon.
—¿Qué pasó con Amanda? —Preguntó inquieto Lord Vittel.
—Nada de su incumbencia —Sentenció Milos Le Moon— Nada de su incumbencia —repitió.— Es mejor que deje de meterse en los asuntos de los demás. —Agregó muy ofuscado.
En ese momento el peón blanco dio un extenso salto y montó el caballo negro. Juntos salieron, como una bala, volando hacia fuera de la habitación, atravesando la pared sin ningún impacto.
Inmediatamente el tablero desapareció. Sólo los reyes quedaron en pie. Perdidos entre las tazas vacías de té.
—Veamos, aquí tengo su historial. Amanda, Gertrudis, Rosa, la pequeña Diana, Yolanda y Eva. Salvo con Hermes, tuvo un encuentro sexual con cada prima.
—¡Sólo porque Hermes era Monja! —Interrumpió orgulloso Lord Vittel.
—¿No lo era también Diana? —Preguntó con sumo interés Plantón.
—Pero Hermes era muy devota. Diana se entregó a la oración en pequeña parte porque estaba bien visto por la alta sociedad y en su mayor parte porque carecía

de habilidad alguna. El único hombre que podía desposarla debía ser alguien inexistente.
Ante tal aseveración, un sonoro trueno hizo temblar Villa Moon.
Una imponente ventisca abrió nuevamente la ventana y Lord Vittel pudo apreciar a lo lejos como su propio cuerpo estaba en la cima de un volcán.
—Es mejor que no hable así de Él. —Dijo Milos Le Moon entre sollozos.
—A Él no le gusta que se lo trate de esa forma. —Dijo Plantón— Mejor continuemos. Me interesa repasar su historial. Al parecer me perdí algunos detalles.
A pesar de que la ventana se había vuelto a cerrar, Lord Vittel no podía quitarse de la mente el horror de verse al borde de su propia aniquilación como ser humano. Se sentía bastante intranquilo. La impresión de ver su estilizado y armonioso y esbelto y exquisito y delicado cuerpo fundido en lava no le parecía para nada agradable.
Una imperiosa necesidad de ir al baño lo atacó sorpresivamente. Tenía retortijones y necesitaba llegar cuanto antes.
Mientras tanto Plantón repasaba atentamente la historia de Lord Vittel con sus amantes.
—Aquí tenemos el caso de una princesita rusa que quedó atrapada en las redes de su encanto. Según lo que aquí dice, usted cumplía funciones de espía cuando en una fiesta del Zar, por una determinada fatalidad que aquí no se describe, fue descubierto. Entonces la única solución que se le ocurrió fue atrapar a la hermosa joven y llevarla como rehén hasta un lugar a salvo con el objetivo de proteger su propia vida. ¡Qué heroico! Anteponer la vida de uno a la de una bella joven. Cualquiera en su condición hubiera hecho lo contrario.
—¡Le dije Plantón que éste era un caso único! —Dijo Milos Le Moon.— Si lee a continuación, la princesita rusa se enamoró de su secuestrador y vivieron juntos en París por... dos meses. Hasta…
—… hasta que conoció a Mónica, una actriz de teatro checa. Si no me equivoco esa fue la número cien. ¿Lo festejo de alguna forma en particular?
—Disculpe Profesor pero me urge ir a un baño.
Enseguida todo desapareció y la sala se transformó en un refinado toilette digno de los palacios árabes más suntuosos.
En el suelo y las paredes relucía el mármol. El techo era un cielo azul profundo con leves pinceladas blancas que oficiaban como nubes. Los grifos eran de oro macizo y el aroma a flores recién cortadas perfumaba el ambiente.

Lord Vittel se sentó en uno de los inmaculados inodoros y se dispuso a hacer sus necesidades. Sin embargo algo lo interrumpió. Un par de ojos apareció flotando en el lugar.

A pesar de que no había nadie más allí, la presencia de esos ojos lo incomodaban de sobremanera. Sin la concentración adecuada le resultaba imposible siquiera comenzar su cometido. Como si esto fuera poco, su imagen sobre el volcán no había desaparecido. A veces los ojos y el volcán parecían entremezclarse.

Resignado a la impertinente presencia de los ojos, Lord Vittel se subió los pantalones y fue hasta el lavabo.

¿De quién serán estos ojos? Se preguntó. ¿Quién querría verme mientras hago mis necesidades? ¿Quién sería capaz de semejante asquerosidad? ¿Acaso Milos Le Moon?

¿O serán los ojos del desquiciado profesor Plantón?

Los ojos continuaban ahí. Flotaban a su alrededor. Lord Vittel decidió mirarlos fijamente. Quizás de esa forma descubriría a quién pertenecían. Estuvo quieto durante un largo rato, con la mirada casi rígida, hasta que en un determinado momento, sumergido en el terror más absoluto, se percató de que los conocía muy bien. Comprendió que los ojos que lo estaban mirando eran nada más ni nada menos que los suyos propios.

Asustado, abrió uno de los grifos con la intención de refrescarse la cara. Pero en lugar de agua salió un gran chorro de leche. Fue hasta otro de los grifos. Lo abrió y no fue agua ni leche lo que salió, sino vino. Abrió otro de los grifos y esta vez fue miel. Un grueso y dorado hilo de miel.

Todo comenzó a dar vuelta hasta que finalmente Lord Vittel se encontró una vez más frente a Milos Le Moon.

—El profesor Plantón se ha ido con mucha prisa. Le surgió la oportunidad de reencarnarse en un antílope. ¡Usted conoce la fascinación del Profesor por los antílopes! Fue el sueño de toda su permanencia aquí en Villa Moon. A propósito, Lord Vittel, dígame, ¿cuál es su sueño?

—Mi sueño es largarme de aquí cuanto antes. ¡Toda esta locura me tiene harto!

—Usted se irá de aquí más rápido de lo que imagina. No se preocupe por eso. —Dijo muy distendido— Pero ya que estamos hablando de los sueños, permítame, si no le molesta, ya que no quiere contarme el suyo, contarle el mío. Se trata de un sueño que me ha generado varios conflictos, como notará a continuación. A ver… ejem…. déjeme explicarle. Resulta que mi sueño consiste en algo muy

simple y a la vez demasiado complejo. —En ese momento Milos Le Moon bajo la voz— Bien, voy a contarle mi sueño. —Inmediatamente volvió a subir el tono— Aunque en realidad no sé si deba. No creo que a alguien como usted pueda llegar a interesarle. Aunque debo decirle que sí es muy interesante. Es uno de los sueños más maravillosos que pueda tener alguien aquí en Villa Moon o en cualquier sitio. —Dijo y luego permaneció unos segundos en completo silencio.— Bien, ya que insiste se lo voy a contar. —En ese momento volvió a bajar la voz.

—Mi estimado Lord Vittel, mi sueño es ser Él.

—¿Quién? —Preguntó Lord Vittel creyendo no haber escuchado la oración completa.

—Shhh, hable bajo. Mi sueño es ser Él —Repitió casi en un susurro. Luego subió la voz.— Claro que este tipo de sueños jamás se cumplen. Quizás esa sea mi mayor condena. ¿Quién sabe? Yo no lo sé, ¿y usted?

—¿Su sueño es ser Él? ¿Por qué querría ser otra persona? ¿Y en el caso de poder ser otra persona, por qué lo eligió a Él y no a mí?

—Oh, espero que lo entienda. Usted es muy buen mozo, eso ya lo sabemos. Una persona encantadora. Pero…veamos, Él no tiene competencia.

Enseguida Milos Le Moon fue hasta la puerta, la abrió y se puso a gritar hacia arriba.

—Lo lamento, oh, tú eres Él, yo no soy tú, yo soy yo, te suplico que no me hagas daño, no quiero terminar como Lord Vittel. ¡No, por favor, no me hagas daño! Te lo suplico. Jamás desearé ser tú nuevamente. No lo haré, aunque seamos sinceros, ¿a quién engaño? Tú sabes bien que quiero ser tú, pero que no puedo hacerlo por tu culpa. ¡Maldición, trágame tierra, quiero formar parte de tu fecunda levedad!

Milos Le Moon sollozó y luego cerró la puerta.

—¿Se encuentra bien?

—Estoy mejor ahora. Gracias por preguntar. Hay cosas que es mejor no guardarlas adentro de uno. Generalmente terminan como un volcán en erupción en el estómago. ¿Alguna vez sufrió de gastritis?

—¿Qué significa eso de que no quiere terminar como yo? Si no le molesta la pregunta, me gustaría saber cómo he terminado si es que he terminado. ¿Acaso esto es todo? ¿No hay nada más?

—Disculpe mi Lord, jamás debí haberlo dicho, pero ya que lo dije creo que le

debo una explicación formal. ¿Alguna vez escuchó hablar sobre el último latido mental?
Lord Vittel negó rotundamente con la cabeza.
Un intenso trueno hizo que la puerta se abriera. A través de la misma cientos de caballos blancos adornados con llamas desfilaron por la habitación perdiéndose a través de las paredes.
Uno de ellos quedó frente por frente a Lord Vittel. Estuvo quieto durante unos cuantos segundos hasta que, envuelto en una nube de humo, apareció un jinete. Vestía un elegante traje negro y tenía la boca tapada con una mascarilla blanca. El cabello negro y peinado hacia atrás con un fijador reflejaba la luz de la luna.
—Nunca me gustó el aire de Villa Moon —dijo— Es como estar atrapado en una nube de pedos. —Agregó y luego se esfumó.
Lord Vittel no daba crédito a semejante aparición. Mientras tanto Milos Le Moon caminaba muy preocupado de un lado al otro de la habitación. Al parecer, por lo que comentaba en voz baja, Él jamás había hecho referencia a Villa Moon de esa manera. No es que habían mantenido grandes conversaciones. Su charla se limitaba a lo elemental. Todo era en base a nombres, datos, números. Jamás habían cruzado palabra por otros motivos. Sin embargo esta vez Él había hecho referencia a Villa Moon en forma despectiva.
Milos Le Moon estaba cada vez más inquieto. Mientras más pensaba más nervioso se ponía.
—¿Sabe lo que esto significa? —Preguntó— Esto significa que llegó el fin. No hay nada más que hacer. Nuestra pequeña aventura ha terminado.
Lord Vittel no sabía qué decir. En el corto tiempo que conocía a su anfitrión jamás lo había visto comportarse de esa manera. Si bien era cierto que lo consideraba un ser extravagante (Milos Le Moon aún seguía con su atuendo de vikingo), también era su única referencia en ese mundo que le había tocado visitar. Villa Moon no era un lugar común, un sitio en la Tierra, de eso estaba seguro. La serie de acontecimientos fantásticos que le había tocado presenciar no era parte de la vida terrenal a la que estaba acostumbrado.
Mientras Milos Le Moon rezaba hacia la puerta, la abría y la cerraba, Lord Vittel comenzó a cuestionarse su presencia en el lugar.
Pensó en que había dos grandes justificaciones. La primera, bien simple, consistía en que luego de su muerte estaba en otra dimensión. La segunda se basaba esencialmente en que todo estaba ocurriendo en su cabeza, en que estaba com-

pletamente vivo y que no era más que una mala jugada de su cerebro, un mal momento, un sueño largo y profundo que pronto llegaría a su fin.
Pero… ¿y si no terminaba? ¿Acaso un hombre puede estar condenado a pasar la eternidad en su propio sueño? ¿Y qué sucede si no es en el suyo, si ese hombre está condenado a pasar la eternidad en el sueño de otra persona? ¿Y si tan sólo somos parte de la creación de alguien más? ¿Acaso no lo somos todos?
Se asustó de pensar tanto. Las conjeturas en lugar de acercarlo a soluciones, lo alejaban cada vez más de una próxima salida. ¿Acaso estaba filosofando?
—Necesitamos ayuda —Dijo Milos Le Moon— Si no hablamos con Plantón cuanto antes puede que jamás lo hagamos de nuevo.
Lord Vittel se encontraba bastante confundido. Apenas si lo miraba ir y venir de de un lado a otro como un padre primerizo en la sala de maternidad de un hospital.
—Vamos, Víctor, por favor, es hora de actuar. El tiempo se nos acaba.
—¿Quién es Víctor? —Preguntó aturdido Lord Vittel.
—¡Usted, quién más! – Sentenció – Debemos ubicar al Profesor Plantón antes de que reencarne en un antílope.
Inmediatamente Milos Le Moon fue hasta un teléfono antiguo, disco un número repetidas veces y se sentó en una esquina vacía a esperar. Se lo veía desesperado. Al rato tocaron la puerta. Era el Profesor Franco Plantón.
—¡Oh, gracias! Gracias por llegar tan rápido. Le suplico por favor que nos ayude. No tenemos más tiempo.
—Veamos —dijo Plantón— si no tenemos más tiempo entonces… ¿qué tenemos? ¿Cómo podemos tener tiempo para decir que no tenemos tiempo?
—Por favor, Plantón, Víctor y yo necesitamos su ayuda cuanto antes.
—¿Antes o ahora? Por lo menos no necesita mi ayuda después. Recuerde que de un momento a otro seré reencarnado en un antílope.
—Ja ja ja —Lord Vittel comenzó a reír entre lágrimas— Ustedes dos están completamente chiflados. Yo me voy de este lugar.
Lord Vittel caminó hasta la puerta. Intentó abrirla sin suerte. Entonces fue hasta la ventana. Hizo el esfuerzo pero tampoco logró su objetivo. Estaba atrapado. No había forma alguna de salir de la habitación. Lo único que entraba y salía de Villa Moon era esa galería de seres grotescos, esa especie de delirio que lo estaba conduciendo paso a paso a la demencia más absoluta.
Lord Vittel se puso a llorar sin consuelo.

—Quiero morir, quiero morir —Decía entre sollozos— No quiero permanecer más aquí.
Parecía como si los ojos fueran un torrente infinito de lágrimas.
—Basta, por favor, basta —Gritó— Quiero volver a casa. Extraño a mi esposa. Quiero a mi mamá…
Entonces la casa se elevó rápidamente. Donde había piso quedó pasto. Todo el paisaje consistía apenas en una fina alfombra verde de hierba fresca.
Villa Moon había desaparecido. Y con ella, lo habían hecho Milos Le Moon y Franco Plantón.
Lord Vittel se sintió liviano. Había perdido todo el peso que llevó durante su estadía en ese extraño sitio. Sentía cómo se elevaba y flotaba con el viento.
Junto a él, vio a los mismos ojos que flotaban en el baño. Los ojos se cerraron y pronto desaparecieron.
A través de los suyos, divisó a lo bajo lo que era un cementerio. Pudo ver decenas de lápidas diseminadas a lo largo del campo entre los pinos y abedules.
Una de ellas resplandecía en forma particular. Una pequeña congregación se dispersaba lentamente. Hombres y mujeres habían llegado a darle el último adiós.
Lord Vittel reconoció a su esposa. Estaba acompañada por uno de sus colegas. Intentó bajar pero la fuerza que hacía producía una reacción inversa. Cuanto más esfuerzo hacía para regresar, más se elevaba y se alejaba. Lo último que pudo divisar fue el nombre de Víctor Lunati en la lápida.
¿Quién soy? Se preguntó. ¿Quién soy en realidad? Lentamente el nombre Víctor le vino a la cabeza.
Recordó que vivía en un gran apartamento en la zona residencial de la ciudad y que tenía un prestigioso trabajo como abogado en uno de los estudios más poderosos del mundo.
También recordó sus constantes aventuras con varias de las secretarias.
Recordó su fascinación por los caballos y los palacios árabes. Recordó las partidas de ajedrez los domingos en el club. Recordó cuánto de niño le intrigaban los vikingos y los antílopes. Recordó a su madre. El aliento y el olor de su cuerpo, el tono de su voz y el suave contacto con su piel. Recordó cosas que jamás hubiera creído que podrían ser posibles. De repente, estaba adentro de la matriz. Todo era cálido y confortable. No había presión alguna.
Allí, por primera vez en mucho tiempo, dejó de sentir esa extraña sensación de

nerviosismo que lo acompañaba desde hacía años. Finalmente había alcanzado la paz. Nada lo atormentaba. No había dolores de espalda ni cuentas que pagar. No tenía que enfrentarse a seres desquiciados ni a malos espíritus. No tenía que defenderse de nadie. Se encontraba completamente protegido. Finalmente podía ser quien era. Nada más ni nada menos que un producto del amor. Era el origen, la creación.

Entonces comenzó a olvidarlo todo. Las cosas fueron desapareciendo. Lo que era un cielo claro y azul fue convirtiéndose gradualmente en un espacio negro absorbente. Así, dejó de ver, y, sintiéndose cada vez más liviano, se dejó arrastrar, ya sin oponer resistencia, desde la última constelación de ideas hacia el infinito.

Fin

Martín Avdolov

Paula Simonetti

Paula Simonetti. Montevideo, Uruguay, 1989.
Licenciada en Letras. Vive en Buenos Aires desde el 2015. Cursa maestría y doctorado en Sociología. Es docente, coordinadora de talleres, trabaja en organizaciones sociales y comunitarias.
Publicó el poemario *En la boca de los tristes* (2013). Sus trabajos han integrado una serie de publicaciones, entre otras: *América Invertida: An Anthology of Uruguayan Poets* (Estados Unidos), *Spoke* (Estados Unidos), *From the Fishouse* (Estados Unidos), *Modern Poetry in Translation* (Inglaterra), *Circulo de poesía* (México), *Luna Nueva* (Colombia), *Tierra Adentro* (Secretaría de Cultura del Gobierno de México).
Invitada a lecturas en congresos y eventos a nivel nacional e internacional. Obtuvo en el 2012 el Primer Premio de Poesía Joven Pablo Neruda y en el 2013 una mención en el concurso nacional organizado por la Intendencia de Montevideo, "Juan Carlos Onetti". En el 2015 obtuvo la beca FEFCA que otorga el Ministerio de Educación y Cultura en la categoría Letras.

Nelson

¿Te acordás cuando dios te abandonó
y era verano?
¿Te acordás cuando dijo
quedate revolviendo
contenedores, basurales, plazas, vientres
piezas y pulmones?
¿Te acordás que apenas
te dejó frente a ese plato breve?
¿Te acordás de la oración,
de cuando amanecía?
¿Te acordás de dios y del verano?

Armar el cuadro otra vez/ reconstruirlo
como si una fuerza extraña lo hubiera fracturado
como los evacuados como los exiliados
como los que incendiaban sus propias casas
como después de las guerras y de los desastres
y también como cosas más sutiles
como sobrevivirle al amor como después
de esos finales
como después de la muerte como después
de los padres
y después de los hijos
y también como cosas más sutiles
como cuando amanece

No voy a hablar

voy a hablar de otra cosa
nunca es eso
no te voy a decir
basta
voy a dibujarte este sutil
paraíso de papel
sin contarte las noches ni los sueños
la mirada que se abre hacia una infancia breve
de las hamacas voy a hablar
de los rosarios
será que no rezás
que no te hamacaste
ayer
mañana
nunca
no voy a retomar la cuenta
moretones que se van pero hacia adentro
para volver a estallar en el gesto de los hijos
de tus hijos y ad eternum
me olvidaré después cuando esté hablando
a nadie
de Picasso,
eso
duele
no tu mano firme como
la rigidez de un loco
le diste vuelta la cara y volvió otro
de un golpe tu hijo se hizo hombre

no me vas a decir que ellos son niños,
voy a hablar de otra cosa
aunque me vuelvo
a este abecedario
que solo habla de vos y de mi infancia
y nada más
no dice basta
no se hizo para decir basta
no voy a hablar del golpe y de la marca
de la forma en que tu mano aplasta el gesto
de tu hijo como si fuera mosca de verano
voy a hablar de la forma en que tu mano
se levanta desde adentro del poema
y lo deshace

de a poco recupero la costumbre
de poner una palabra detrás de otra
arriba de un papel arriba de una mesa
bajo la que duerme el perro aún
coordenadas de vida pequeña
más pequeña que el departamento
de la mujer sola que lo habita
y digo mujer y digo sola
por decir
en una ciudad de tantos rostros
o números ajenos
completamente incomprensibles
o veloces,
nadie cuenta días para la revolución
parece invierno
cualquiera que se fue de su país
sabe que no es suyo y sabe
que el recuerdo es un patio soleado
al que no es posible regresar ileso,
por los nombres de las calles
el vértigo que dan las autopistas
deduzco qué día no habrá clases
las fechas patrias son enormes avenidas
que cruzo medio ahogada porque
hayquefumarmenos te das cuenta
de a poco recupero el aire
dejo entrar al sol y observo al perro
nítido, distante, indiferente
y limpio, ordeno lo pequeño
pongo una palabra detrás de otra.

Fabián Severo

Fabián Severo nació en Artigas en 1981. Es docente de Literatura, coordinador de Talleres de Escritura y Asistente Académico en Letras del Proyecto ProArte del CoDiCen de la ANEP.

Es autor de los libros *NOITE NU NORTE. Poemas en Portuñol*; (Ediciones del Rincón, 2010), *NOITE NU NORTE. NOCHE EN EL NORTE. Poesía de Frontera*; (Rumbo Editorial, 2011), *VIENTO DE NADIE* (Rumbo Editorial, 2013), *NósOtros* (Rumbo Editorial, 2014) y *VIRALATA* (2015). Parte de su obra ha sido publicada en Brasil, Argentina y Estados Unidos.

Recibió el Premio Morosoli de Bronce en la categoría Poesía, (2010). Fundación Lolita Rubial. Fue uno de los ganadores del Fondo de Estímulo a la Creación Artística, con la beca "Justino Zavala Muniz", otorgada por el Ministerio de Educación y Cultura (2012). En los Premios Anuales de Literatura del año 2012, entregados por el Ministerio de Educación y Cultura, recibió una mención por su libro inédito *Noite nu Norte* y una mención por su libro inédito *Camino de la soledad*.

Actualmente vive en Atlántida, donde da clases de Literatura en el Liceo Nº 1.

Poemas de Fabián Severo

Extractos del cuaderno *Noite nu Norte. Viento de Nadie*, publicado en el volumen *NósOtros* por Rumbo Editorial, Montevideo, Uruguay.

a Ernesto Díaz

Nos semo da frontera
como u sol qui nace alí tras us ucalito
alumeia todo u día incima du río
y vai durmí la despós da casa dus Rodríguez.

Da frontera como a lúa
que hace la noche casi día
deitando luar nas maryen del Cuareim.

Como el viento
que hace bailar las bandera
como a yuva
que lleva us ranyo deles yunto con los nuestro.

Todos nos semo da frontera
como eses pásaro avuando de la pra qui
cantando un idioma que todos intenden.

Viemo da frontera
vamo pra frontera
como us avó y nuestros hijo
cumendo el pan que u diabo amasó
sofrendo neste fin de mundo.

Nosotro semo la frontera
más que cualqué río
más que cualquier puente.

En las noche que no puedo dormir
porque los recuerdo no paran de ladrar
pido pra Iemanyá
que también cuide nuestro río.
Él no tendrá la sal
que se precisa pra mover los barco
mas para nosotro
la agua del es todo.
Sin río,
se resecan los labio de la vida
y no tenemo nada para cantar.

Me gustaría tener nombre de agua.
Mas mi madre quiso
que mi nombre fose de tierra.
Palabra seca que se parte
en letras de balastro.
Mi madre tal vez quiso me salvar das agua
que transforman julio num inferno
y soñó mi nombre de piedra.
Nombre de agua sería lindo
mas en la frontera
uno no elige quien quiere ser.

En casa
nosotro tenía un limonero.
Ángel verde nu meio del patio abandonado.
Pastizal pra sempre,
selva chiquita
onde sobraba ispacio pra crecer
mas no había como.
Allí, entre el yuyal
una perna y uns brazo
lleno de ojo
perfumando la mañana
con el canto dus gorrión
que eran más libre que uno.
Yo estraño el limonero.
Ahora mis pie son pasto duro,
terra sin flor
onde uno escarba
y no aparece niuna lombriz.
Tanto campo suelto en el mundo
y vine a dar neste gris
lejos de los gorrión
que hacían cantar mi limonero.

Cuando yo me fui das casa
mi madre me deu uma caya de zapato
llena de rollo de foto.
Algún día Fabi, tu vai podé revelá esas foto
de cuando tu y teus irmaum era piqueno.

Cuando pudíamos festeyá algún cumpliano
yo consiguía la máquina con doña Selia.
Solo se pudía sacar doce foto
sempre del cumplañero
atrás del bolo con los invitado.
Nunca pudemo revelá. Nou había plata.

Ainda tengo la caya guardada nel ropero.
Teño las palabra, faltan las imagen.

Tu tierra vai cuntigo
por más que cruces el puente
buscando otra sombra.
Allá van tar te lembrando
con saudade de raíz.

Fabián Severo

Claudia Magliano

Claudia Magliano, Montevideo, 1974. Es profesora de Literatura egresada del Instituto de Profesores Artigas (IPA).
Ha publicado *Nada*, poemario premiado en el concurso de Poesía de la Asociación de Bancarios (AEBU) y la Casa de los Escritores del Uruguay, en 2005.
Su segundo libro, *Res*, ha sido publicado por Ático Ediciones (2010) y obtuvo el Primer premio de poesía édita de los Premios anuales de literatura del Ministerio de Educación y cultura (MEC), edición 2012.
El corazón de las ciruelas obtuvo una mención en poesía inédita en los Premios anuales de literatura del MEC, edición 2016.

Yo hacía fuerza para que vos te murieras. Para no perderte. Para que te quedaras así como ahora, adentro.

Yo hacía fuerza para matarte/ te alentaba/ te daba ánimo/ te estaba siendo fiel, a vos y a la literatura.

No te maté. Eso es cierto.

Te conté que mandé hacer una biblioteca hasta el techo/ de pared a pared/ que necesitaba una escalera para llegar al estante de arriba/ que arriba había puesto los libros que más uso para aventurarme en la búsqueda de las palabras/ para sentir el riesgo de una altura dos escalones superior a la mía.

Yo no te estuve matando. Solo quería que te murieras porque ya no te quedaban libros y porque ya no había una casa en la montaña cubierta de nieve y porque era verano y a vos el verano no te gusta. Y además hacía calor y estabas desnuda y yo por primera vez estaba viendo tu cuerpo/ y descubrí que me parezco a vos/ que la forma de algunas partes tuyas es igual a la forma de algunas partes mías. Y yo podría haber sido vos.

Entonces empecé a hacer fuerza contigo para que vos te murieras. Porque tampoco quedaba aquello que era recuerdo y sostenía.

Yo hacía fuerza para matarte porque vos no podías hablar y me parece que eso no te gustaba.

Yo hacía fuerza para matarte porque vos no podías hablar.

Hay que tener cuidado. Hay que ser cautelosa.

Modosita, decían.

No mirar más que un solo punto, el de adelante.

O la cabeza gacha, agachada, hacia abajo. Bien abajo.

El suelo, las baldosas, el piso, el asfalto, la tierra, el césped, lo que haya debajo de los pies. Mirarlo. Mirar solo hacia ahí. El cielo, el aire, los costados no son para vos. Nada te ha sido reservado. Conservá la postura. La espalda recta, derecha, la curva de tu cuello.

Hay que ser cuidadosa. Tenés que ser cuidadosa. Guardá bien tu cuerpo. Debajo de la ropa guardá bien tu cuerpo. Que no se note que hay un cuerpo allí, una piel, un pliegue.

Hay que ocultarse. Hay que abstenerse de mirar a los ojos, los hocicos, las fauces de los perros.

Los perros parecen animales domésticos. Parecen dóciles los perros. Pero los perros matan. Clavan todo lo que tienen de filoso en los cuerpos blandos, desgarran a veces, se meten adentro de los cuerpos. Arrancan la carne. La destrozan. Y no es para comerla, no. Solo para ser perros matan. Estrangulan con los dientes. Hacen huecos con las garras, dan muerte. Solo por darla. Solo por saberse perros. Más perros todavía.

Hay que tener cuidado. Ser cautelosa. Modosita. Discreta, sobre todo discreta. Tu cuerpo es de los perros. No intentes poseerlo. Poseerte. No te pertenece. No te será dado.

Un hilo de sangre corre por la boca de los perros, cae en finas gotas que se deshacen al contacto con el aire. No es su sangre la que cae. No es de los perros eso que duele. Te duele a vos que no supiste comportarte, mantener la calma que el deseo reclama. No fuiste viva, inteligente, no supiste cómo moverte y te dejaste llevar por el deseo. El deseo te arrastró varios metros sobre

la tierra y dejaste un surco. Y eso que vos pensabas en otras descendencias. Creías en tus hijos y en los hijos de los hijos de tus hijos. Y en las hijas de tus hijas y las hijas de las hijas de tus hijas. Creías en una cadena interminable que perpetuaría tu nombre. Por siglos tu nombre estaría en la boca de tu descendencia. Iba a estar, eso pensabas cuando jugaste con las muñecas, cuando dibujaste una casa con chimenea y humo y un árbol y flores alrededor. Porque la vida tenía que prolongarse en el juego, en ese juego que te habían legado solo para vos. Te irías a casar, tan blanco todo, y después esperarías que tu vientre creciera como un globo o una pelota debajo del vestido y aun así estabas dispuesta a parir, porque ese era el designio. Pero los perros se adelantaron a tu suerte, levantaron tu casa bajo la tierra. Te hundieron los ojos los perros porque no supiste no mirarlos. Y eso que solo el suelo te estaba reservado, todo para vos ahí servido para que pusieras la mirada hacia abajo, para que inclinaras bien el cuello, la cabeza, todo tu cuerpo y te quedaras allí como una florcita más a la espera de la lluvia. Como un yuyo que creció imperceptible entre las grandes plantas. Pero tuviste que mirar a los perros, les clavaste los ojos bien adentro, para que te vieran, para que olfatearan tu coraje y te salió mal. Tenías que cuidarte, ser cautelosa, modosita, como decían las hijas de las hijas que te hicieron ver la luz años después de su nacimiento. Y te tocó ser parte de ellas, ser una más te tocó. Y no te diste cuenta, no entendiste que tu cuerpo no te pertenecía y era de los perros, solo para los perros era tu cuerpo.

Una hoja tiembla en el borde de la rama
Sostiene la lluvia su rara nervadura
El sol apenas hiere
Como un rayo finísimo su filo luminar atraviesa la tarde.
Caen los frutos por su pulpa
Semillas hay que se clavan a la tierra
Y crece un huerto al borde del abismo.
¿Limpiará la tormenta tanta metáfora?

Ese reloj no es de oro

es dorado.

Es más, desde cierta distancia pueden verse pequeñas lascas amarillas como escamas

Y pequeñas manchas oscuras entre una y otra que asoman un algo horadado

justamente por el tiempo. Algo como un lugar común que sucede tanto en algunos relojes como en la poesía.

Ese reloj no es de oro. Ni de otro. Es un producto más de la mímesis. Un parecerse a qué. A quién.

Es una cosa que seguramente fue una fotografía, un close up en Facebook. Una foto de perfil brillante y refulgente. Un sol luminoso cerca de la mano marcando nada más que un tiempo de nadas. Un golpeteo monótono esperando que las agujas coincidan en un punto que haga sonar un timbre que acabe con los bancos rotos y las paredes también descascaradas. Un fulgurante spleen sin ideal.

Ese reloj como trofeo de qué en la muñeca, no es de bronce. Apenas una chapa, algún tipo de metal pintado, uno más entre millones sin diseño de orfebre que lo pensara. Un conjunto de pequeños rectángulos sosteniendo una esfera.

Es un deseo dorado. Como todos los deseos. Acaso imposible. Un deseo digital atado a la mano. Un arma blanca que no hiere más que al asesino. Un puñal que avisa que nada es cierto pero existe, la única realidad es la que no se toca. El milagro de ser doble, de estar en otro lado, siempre. Una luz intensa, dorada como de oro.

Si fuera hombre no me hubiera estrangulado de tu hermoso cuello
ni hubiera muerto de tu perfume
Si fuera hombre, se me ocurre, habría fundado una descendencia
una ciudad que incendiar después
Si fuera hombre vendrías más pronto hasta mi casa
cuidarías de mi gato o de mí
cuidarías esta rara costumbre de enamorarse
Iríamos por las calles
y la vecindad
y las niñas de trapo mascullarían nuestra simpleza
y todos saldrían ilesos bajo los vestigios que dejáramos
Si fuera hombre no me hubiera bajado en la estación correcta
después de que trocaras con tu ojo la prosaica ciudad y me dejaras pastoril y
[mística para siempre
No te llamaría a estas horas para estar al tanto de que no vas a llegar nunca
Entonces no hubiera escrito este poema
ni otro
ni otro
ni otro
O sí
Tal vez hubiera escrito que si fuera mujer criaría nuestro hijo
besando tu frente cada noche
nos criaría
haciendo del hambre un refugio donde alimentarse
haciendo de lo doméstico la imprescindible permanencia
Hubiera escrito que si fuera mujer dejaría mi blusa en tus hombros
y cansada de esperarte me ahogaría en el primer barrizal después del diluvio
Si fuera hombre y no mujer empuñaría mi sexo entre tus piernas
y vos del otro lado a la espera de una elevada forma de estar
afectarías la cadencia del asombro

Entretanto tu muslo y tu cintura circunvalaran mi lujuria
entretanto practicara yo la magia ancestral de volverse necesario
de volverse uno entre los otros que tampoco siendo mujer te harían su cautiva
Te desposaría
Te daría una casa y un poco de libertad entre billetes
Si fuera hombre no hubiera podido morirme de amor bajo la sombra firme
[de tu vientre
No hubiera podido contemplarte hasta deshacerte de ojo y de mirada
y no habría imagen de ti entre mis manos
ni húmedas grafías donde inscribir un poco de tu historia
Si fuera hombre podría olvidarte sin tener al fin que planificarme una
[estrategia.

Claudia Magliano

Leonardo de León

Nació en Minas en 1983. Profesor de literatura. Fue colaborador de las revistas *Iscariote*, *La letra Breve*, y columnista de libros en la revista *Megafón de Bs. As*. Ha escrito para los suplementos culturales de *Brecha* y *Caras y Caretas*. Estudió cine. En narrativa publicó el libro de cuentos *No vi la luna* (Premio Narradores de la Banda Oriental 2009). En poesía es autor de *Confirmación del aliento* (Paréntesis, Premio Pablo Neruda, 2011), *La selva en la semilla* (Trópico Sur, 2012), *El nirvana de Apolo* (Premio Casa de los Escritores 2012), *Detrás del murallón de los rituales* (Premio Casa de los escritores 2013), *Pequeñas Catedrales* (2014) y *Otra piedra de Sol* (Lady J Ediciones, Mención de honor Premio Juan Carlos Onetti 2015). Participó del libro colectivo para niños *El libro uruguayo de los colores* (Topito Ediciones). En 2016 la Academia Nacional de Letras le otorgó el Premio Ariel por *El hacha del bufón*.

Intersecciones

Cuando me otoño tú me primaveras
y me praderas mientras me colinas
te barco entera cuando me marinas
te viento fuerte si me cordilleras.

Te nido cada hueco si me hogueras
te Venus los rincones si me estrellas
te paso y peregrino si me huellas
te útero si tú me calaveras.

Si yo te manicomio, me locuras
me aguas por los ojos si te río
me hiedras mientras yo te escalofrío

te verso cuando me literaturas.
Te apetito, me bocas y me ancianas
te ocaso y cada noche me mañanas.

Paranoia

El vuelo de los pájaros dibuja
un nítido presagio que recobra
lo anónimo y fugaz de esta zozobra:
el hilo de las horas por mi aguja.

¿Yo soy quien borda el día o la obra
de un mismo deja vú que nos estruja?
¿Qué pájaro en los pájaros me embruja?
¿Qué fuerza ordena el caos de su maniobra?

¿Mi mente es la que impone los sentidos
la mano que baraja mis temores
o acaso estoy mirando los rumores

de dios que me regala sus descuidos?
Tal vez igual el pájaro en la altura
presiente una amenaza en mi figura.

Suicida

No aguanto más, vencido me declaro
ante ustedes, los presentes y ausentes
de mi vida. Me han dado suficientes
puñaladas de sol. Si me disparo

tendrán que responder ese descaro
y velar mi bala. Torpes y urgentes
remorderán la duda con mis dientes
atragantados por mi desamparo.

Mi muerte (mi venganza) será larga.
En las fiestas y las conversaciones
sobre los hombros sentirán mi carga.

(Mentira, se reirán, son las razones
que elaboro para olvidar su olvido)
Ya es hora (¡bang!). Me borro con el ruido.

Entgöterrung

Cuando dios descubrió que no existía
el rayo fue una rama para el cielo
que ahorcó su tempestad mientras el velo
del trueno se quebraba y no llovía.

El tiempo fue un instante, una bahía
de viento sin origen, un desvelo
ya huérfano de pájaros. El suelo
graznó como otro cuervo para el día.

El último poema fue enterrado
anónimo, endiosado en la garganta
de un niño que en el campo se amamanta

de barro primigenio en el arado.
Yo soy ese, lector, el que en la grieta
requiebra tu semilla. El poeta.

Talión

Yo quisiera matar a casi todos
hastiado de escuchar, fundar mi juicio
pero saco provecho de ese vicio:
oculto en mi soneto, busco modos

de borrar a las cosas sus apodos
el nombre que es real pero ficticio
y sin matar a nadie me ajusticio
mordiéndome los dientes con los codos.

No me atrevo a matarlos ni a matarme
por eso mato el tiempo, ¿qué más queda?
si la vida es adiós y polvareda

un pan que va leudando su desarme.
El tiempo está matándome, lo mato
escribiendo. Perfecto asesinato.

Films

Va Lynch por su perdida carretera
a pie y encuentra a Bergman y la muerte
jugando una partida que la suerte
repite en Lars Von Trier a su manera.

Borracho, Orson Wells, desde otra era
mirando a Woody Allen se divierte
y piensa en su trineo. Pronto advierte:
—Tarkovski es el poeta de la espera.

A Spielberg lo balearon sin aviso
dicen que Francis le mandó un matón
y un tal Gaspar Noé por vocación

le niega irreversible el Paraíso.
En tanto, Tarantino y Scorsese
celebran que la sangre nunca cese.

Leonardo de León

Este
primer Dossier
de la Revista IMAN,
de la Asociación Aragonesa de Escritores,
se terminó de componer en Pueyo de Marguillén
el día 5 de octubre de 2017, doscientos veintiocho años
después de que los ciudadanos de París marchasen
a Versalles para protestar ante el rey
por la falta de alimentos.

ASOCIACIÓN ARAGONESA
DE ESCRITORES